

Ediciones Turas Mór
es un emprendimiento
para crear libros electrónicos
de distribución gratuita.

Los derechos de las obras
pertenecen exclusivamente a cada autor.

Se prohíbe la reproducción total o parcial
de este material sin la cita de su fuente
y el respectivo permiso de su autor.

Ediciones Turas Mór
es miembro fundador de
e-ditores.

e-ditores

e_ditores@yahoo.com.ar

<http://editores.sub.cc/>



Ediciones Turas Mór

e_ditores@yahoo.com.ar
(Asunto: Turas)

<http://turas.sub.cc/>

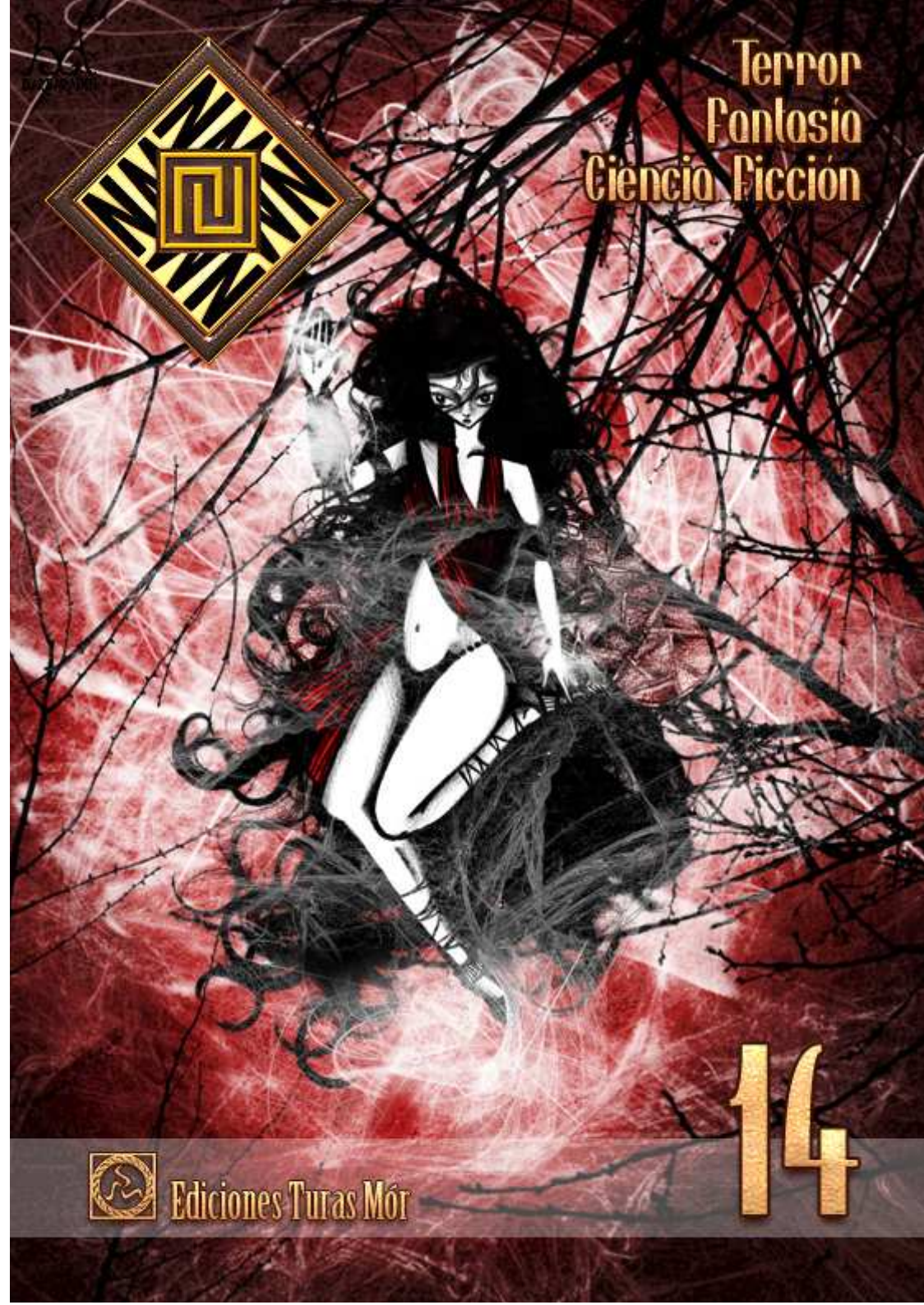


Esta obra está bajo una licencia
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 Argentina
de Creative Commons.

Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>
o envíe una carta a Creative Commons,
171 Second Street, Suite 300, San Francisco, California 94105, USA.



ESN 50621-091004-423348-21



La nueva literatura fantástica hispanoamericana

Contenido

Editorial.....	3
<i>El reflejo</i> (CLAUDIO A. AMODEO).....	5
<i>Los seres intermedios</i> (RICARDO CURCI).....	14
<i>El tiempo es un capricho que nos imponemos</i> (RICARDO G. GIORNO).....	19
<i>"Vanitæ vanitatum"</i> (ADRIÁN N. ESCUDERO).....	22
<i>Maldito</i> (ISABEL ALI - MARCELO C. CARDO).....	32
<i>Matrices de una tecnología desasociada</i> (I) (CARLOS DAMINSKY).....	35
<i>Inferencias sobre Pérez Loid</i> (TARIK CARSON).....	40
<i>Variaciones</i> (JUAN J. TENA).....	50
<i>Teseo y el minotauro</i> (OSCAR BRIBIÁN).....	53
<i>Cortina de humo</i> (TERESA P. MIRA - GUILLERMO ECHEVERRÍA).....	60

NM

www.revistanm.com.ar
revistanm@gmail.com

Dirección y grafismo:
SANTIAGO OVIEDO
http://faneditor.hi5.com

Maquetación y arte de tapa: **BÁRBARA DIN**

Ésta es una publicación de distribución gratuita sin fines de lucro, dedicada a la difusión de la nueva literatura fantástica hispanoamericana.

Las colaboraciones son ad honórem y los autores conservan la totalidad de los derechos sobre sus obras.

Es una publicación de **Ediciones Turas Mór** para **e-ditores**.

ESN 50621-091004-423348-21

Se agradece por haber tomado parte en este número a:
ADRIANA CANTERO, JUAN GUINOT y a cuantos apoyan el proyecto.

En la portada:
"Hilo y sangre" (SUE GIACOMÁN VARGAS)

mente esclava, pudiese salir de mi escondite y actuar.

Sabía que entonces ya sería tarde, pero mi esencia era ésa: la final, la última solución desesperada.

Probablemente este sistema solar quedaría en cuarentena absoluta por unos diez mil u once mil años o hasta que los *Colonos* viniesen a reclamar lo que ya era "suyo", a recoger su cosecha.

Podía esperar.

El delta de los ríos es un buen sitio para que un ser extraño y gigan-

tesco pueda esconderse, y aquí hay uno vasto y laberíntico.

Si no había podido destruir el planeta Tierra para sellar la "boca de expulsión", al menos me quedaría de guardia para vigilar su próxima aparición.

Y, quién sabe, tal vez la próxima vez que el humo salga, mi fisiología responda adecuadamente y pueda terminar mi tarea.

© TERESA P. MIRA DE ECHEVERRÍA
- GUILLERMO ECHEVERRÍA, 2009.

TERESA PILAR MIRA DE ECHEVERRÍA
(Argentina —Pilar, Buenos Aires, 1971—)

Doctora en Filosofía y apasionada por la ciencia ficción, en **NM** publicó los cuentos *Fuerza laboral* (# 8) y *La canción de combate* (# 10) y el artículo *La trama del Vacío (o una única visión triple según Spinrad, Delany y Malzberg)* (#13).

GUILLERMO ECHEVERRÍA
(Argentina —Buenos Aires, 1967—)

Nacido en el porteño barrio de Barracas, estudiante de computación y de Euskera, trabaja en la Biblioteca de Ciencias Exactas de la UBA y es un ávido investigador de sus fuertes raíces vascas. Se desempeña como coordinador del CCFF (Centro de Ciencia Ficción y Filosofía). Éste es su primer cuento publicado. Entre sus autores favoritos figuran H. P. LOVECRAFT, H. G. OESTERHELD, PHILIP J. FARMER, RAY BRADBURY y ARTHUR C. CLARKE.

didas en toda dirección y tiempo posibles, las pilas crematorias donde incineraban a sus *oovoesclavos*, que ascendían resueltamente hasta las piras, las columnas de plasma escupiendo los restos calcinados —esa mezcla de cenizas y esporas de los crematorios—.

Esporas listas para infiltrarse en alguna raza desconocida y dominar sus mentes.

La sangre se heló en mis venas (o el equivalente de ambas que ahora tenía por fluido y conductos). La memoria genética de mi pueblo gritaba en mis células: “esclavitud, el peor destino imaginable”.

Sabía que ese humo de opresión ya había alcanzado a los lugareños, que las esporas se esconderían en sus mentes y que germinarían poco a poco. Ése era el poder de la fisiología *oovoesclava*: catalizadores, empalmes genéticos entre los *Colonos* (de quienes eran hijos “bastardos”) y cualquier otro ser viviente del Universo.

Yo mismo poseía esa aptitud; por eso podía parasitar cualquier ser en mi estado larvario, y lo había hecho por más de ocho mil años. Y gracias a eso tenía toda la historia genética de los lugareños en mi espíritu, corroyéndome, mostrándome que ésta no era la primera vez que los *Colonos* intentaban atacar.

Con un dolor lacerante y terrible retiré mi cerebro de la grieta y cerré la “boca de expulsión”.

Reintegrar mi mente y mi cerebro, desde el mundo de los *Colonos* a mi cuerpo, aquí, en el planeta don-

de me hallaba, me llevó una eternidad de terror y desesperación; cuando por fin volví enteramente a mí, ya no supe para qué. La misión de un guerrero es esperar, detectar una fuga de algún crematorio y explotar allí mismo, sellando la “boca”. Pero, ¿qué hace un guerrero que sobrevive?

Yo me sentía más lugareño que de mi propia raza; pero ahora, plenamente desarrollado, ya no encajaría entre ellos.

Me senté a ver cómo la “boca de expulsión” se cerraba, cómo el humo menguaba poco a poco, cómo el Sol volvía a brillar, cómo los bomberos vitoreaban su aparente éxito.

Pero la suerte de su pueblo ya estaba echada y este mundo había sido contaminado.

Me quedé con la mente en blanco, pensando futilidades casi obscuras en su intrascendencia: en los *jeans* nuevos que jamás podría estrenar y en los libros cuyas quietas palabras mis ojos ya no detectarían.

Apreté mis garras, mis “verdaderas” extremidades; pero el saber que las garras eran parte de mi ser no evitaba que, al cerrar los ojos, sintiera el deseo de volver a tener manos.

Suspiré con lo que fuera que ahora respiraba por mi boca y me encaminé hacia el exilio, con la vergüenza y la culpa a cuestas.

Lo único que me permitía continuar era la idea de que quizá aún fuese de ayuda. Tal vez, cuando las esporas que habían contaminado toda la gran ciudad en alas del humo comenzasen a despertar la

Último número del año solar o primero del calendario céltico. Autores ya conocidos, autores nuevos y nuevos programas para el desarrollo de la revista, que en lo demás intenta seguir mateniendo su estilo: difundir material originalmente escrito en español, dentro de la corriente de la nueva literatura fantástica hispanoamericana (en rigor, panhispana).

En el ciber sitio también se advierten algunas novedades. En función de la nueva presentación, las versiones para lectura en y fuera de línea se han unificado, pues los marcadores y las miniaturas de páginas del documento PDF facilitan la navegación. Tanto ellas como la versión imprimible se han podido reducir en tamaño, sin perder calidad en definición ni seguridad.

A su vez, el cierre de GeoCities determinó que las páginas de **e-ditores** y sus editoriales asociadas migraran al espacio de la revista, lo que permite acceder con más facilidad a *Xenoliteraria*, el sitio en línea con traducciones de relatos de ciencia ficción de Ediciones Turas Mór.

Paralelamente, aun cuando la publicación sigue siendo de distribución gratuita, en *La Hemeroteca* ahora existe la posibilidad de que los lectores colaboren mediante donaciones para sostener el proyecto, a través del servicio de DineroMail.

Ahora bien, volviendo a cuestiones más importantes, con motivo del bicentenario de la Revolución de Mayo, durante el año 2010 **NM** le dará especial preferencia a ucronías y utopías basadas en ese suceso histórico y a cualquier otro tipo de material relacionado.

Como siempre, están invitados a participar autores tanto argentinos como hispanoamericanos y españoles.

Será un experimento interesante ver si diferentes pasados hipotéticos confluyen en una única línea de tiempo, si rige una suerte de determinismo histórico o si tal vez —en el peor de los casos y pese a todo— nos ha tocado vivir en el mejor de los universos posibles.

No queda sino adentrarse la lectura de las páginas de este número, mientras se aguarda la llegada de las fiestas de fin de año y, para muchos, también de las vacaciones.

Espero que las disfruten tanto como yo lo hice durante el proceso de selección del material y armado de este ejemplar.

SANTIAGO OVIEDO



Tulio era ateo, así que comenzó sin preámbulo alguno con la misión.

Armando, la pequeña Anita, Ta-deo y yo hicimos primero el honor al rito procesorio y caímos en oración contemplativa por nuestras almas, por las de los lugareños y por las de aquellos que, evidentemente, habían sido sacrificados.

Tras el oratorio, ayudamos a Anita —apenas una niña— con el proceso de empollarse a sí misma. Cuando el capullo estuvo fijo, seguimos nosotros.

Ya saben lo que sucede cuando encontramos una “boca de expulsión”. Despertamos bajo la piel de los lugareños que parasitamos y nos desprendemos de ellos, para desarrollarnos plenamente y proceder a cumplir nuestra misión como guerreros que somos, nuestro único propósito en la vida: cerrar la “boca”, destruyendo —al mismo tiempo— el planeta donde se encuentra.

Como era de esperarse, Tulio estaba plenamente desarrollado cuando salimos del trance oratorio y había iniciado la segunda fase sin nosotros.

Era extraño ver sus largas extremidades aferradas a la “boca”, el péndulo caudal a unos trescientos o cuatrocientos metros por debajo de la superficie, los alerones laterales proyectados veinte metros hacia el cielo y todo recubierto como de un jade poroso y rojo (mimetizándose con el fuego); ya casi nos habíamos acostumbrado a ser lugareños, luego de tantas generaciones escondidos y anidando en sus familias.

Los estroboscópicos ojos de Anita se fijaron en el resto de nosotros y evitó mirarse a sí misma.

Tomamos posiciones en torno al agujero y procedimos a endurecernos y a hundir nuestros cerebros hasta el fondo del pozo: el abismo final.

Miré hacia arriba: por entre el fuego que nos acariciaba vi la Luna roja. Sabía que no volvería a verla.

Me equivoqué.

Al cabo de unos pocos días se produjo el pico máximo de emisión de humo. Nosotros ya estábamos piadosamente aletargados para ese entonces; las cenizas-esporas deben de habérseles adherido, entrando por nuestros tubos respiratorios, pero no podían llegar a nuestros cerebros, hundidos allá abajo, rezando su letanía regresiva, esperando el momento preciso para explotar, mientras se hundían más y más, hacia el núcleo de emisión.

Creo que el mío debe de haber llegado primero al corazón de la “boca de expulsión” porque, cuando mis compañeros explotaron, yo quedé atrapado en el caos subespacial del pozo y fui preservado. Esa preservación, desde luego, dejó una fisura en el espacio-tiempo y malogró la misión.

Por un momento tuve mis pies “acá” y mi mente “allá”.

Mis desmesuradas patas de aguja, aferradas al suelo de aquí, y mis ojos estroboscópicos observándolo todo allí (del otro lado del agujero que comunicaba el mundo de los *Colonos* con este pequeño planeta): las redes metaespaciales ten-

Los textos de esta publicación fueron editados con OpenOffice 2.3. La revista se armó con Scribus 1.3.5. Los archivos PDF se generaron con PDFCreator 0.9.8 y jPDFtweak 0.9.5.

CORTINA DE HUMO

TERESA P. MIRA DE ECHEVERRÍA - GUILLERMO ECHEVERRÍA

Desde hacía días el humo había ganado la ciudad. Sin duda era demasiado para atribuirlo a una simple quema de pastizales.

Por las tardes solía recrudecerse el efecto; entonces, el Sol aparecía como una moneda al rojo vivo sobre el horizonte y la Luna como un pálido y vaporoso fantasma inconsistente.

El humo lo cubría todo y su nauseabundo olor se había vuelto familiar al cabo de unos días.

El hollín, poco a poco, ganaba la batalla. La grisácea masa se pavoneaba por los aires, como una mueca llena de sorna y asquerosa condescendencia.

Era tan obvio que era demasiado humo para una simple quema de pastizales que nadie lo advirtió.

Pasar las líneas de control de fuego fue terriblemente sencillo, lo cual nos hizo temer lo peor.

Los bomberos profesionales —y los improvisados que peleaban por lograr algo— estaban distribuidos a lo largo de varios kilómetros.

Las interminables extensiones de espadañas y penachos blancos habían dado lugar a un mar de fuego, rojo y sediento. La humareda nos permitió avanzar a recaudo de la escasa policía que acordonaba la zona y de los pocos helicópteros hidrantes.

Habíamos calculado que el epicentro de la emisión del humo se escondía al noroeste del incendio, a unos pocos kilómetros al oeste de la confluencia de dos grandes ríos.

Mientras atravesábamos el fuego comprobamos la diferencia entre el humo de la hierba quemada y el humo del crematorio.

Ni siquiera tuvimos que mirarnos para saber lo que pensábamos: nos hallábamos ante una “boca de expulsión”; nos llevó como un día de delicado escaneo encontrarla.

La hora había llegado; una vez que actuásemos ya no podríamos volver atrás.

Tulio fue el primero en empollarse; dejó que el sudor gomoso que exudaba lo cubriese por completo y entró en la fase agónica.

EL REFLEJO

CLAUDIO A. AMODEO

—Y por cincuenta pesos más, además de vos y de tu esposa, te cubriremos la casa, el auto, y hasta el canario.

El tipo hablaba rápido, demasiado rápido para mi pobre cabecita abotagada de calor, y las gotas de sudor le recorrían la frente hasta acabar en algún sitio indefinido, por detrás de aquellos gruesos lentes que le otorgaban un aire de comediante. Sin embargo, no me reí. Al contrario; estaba sintiendo que la paciencia se me agotaba a pasos agigantados, a la misma velocidad con la que él me disparaba su discurso verborágico.

—No me interesa —susurré y apuré mi trago de cerveza fría, ya no tan fría. El tipo no me escuchó, o fingió no hacerlo, y continuó su perorata con la misma convicción, colocando frente a mis ojos unos papeles con membretes y letras muy pequeñas y huidizas. Debí insistir con mayor efusividad—: ¡No me interesa!

Busqué al mozo con la vista y le pedí otra cerveza.

—Pero cómo me decís eso, Carlitos... Si es una ganga. Escuchá, no hay otra compañía que te ofrezca algo así...

Levanté una mano frente a su nariz y la respetó.

—En primer lugar —dije con firmeza—, no me llamo Carlitos. En segundo lugar, no me interesan para nada los seguros de vida, porque lo que menos estoy pensando en este momento es en morirme. Y en tercer lugar, y no por eso menos importante, ¡no sé quién carajo sos y cómo llegaste a dar conmigo!

El vendedor me miró sorprendido y se quedó sin palabras. Luego, titubeando, volvió a probar el terreno.

—¡Disculpá!... Pensé que tu amigo te había avisado que hoy iba venir. Como él me dijo que andabas necesitando un seguro.

—¿Qué amigo te dijo eso?

—Este... un tal Mauricio, un gerente de sistemas...

—Ah, ¿sí? Mirá qué casualidad. Acaba de llegar Mauricio. Esperá que

le pregunto a él cómo sabe eso de que necesito seguros.

El vendedor miró hacia la puerta y descubrió la figura pequeña y robusta de mi amigo Mauricio avanzando hacia nosotros. Esa vez me pareció aún más pequeño y robusto que de costumbre.

—¡No! ¡Él no es! —se apresuró a disculpar el vendedor—. Es otro Mauricio el que te digo yo.

Claro que no era; si este Mauricio era mi amigo de toda la vida, no era gerente de nada y era incapaz de mandarme a un molesto como él para arruinarme mis escasos minutos de felicidad en el bar de la esquina. Del otro amigo del que él hablaba no tenía ni idea, y, es más, estaba seguro de que no existía. Pero cómo había dado conmigo y había conseguido sentarse en mi mesa sin que lo echara a patadas de inmediato era un absoluto misterio, un pase mágico de esos que sólo los vendedores de seguros y los abogados saben conjurar.

—¡Adrián! —me saludó a la distancia Mauricio—. ¡Qué suerte que te encuentro! ¡No sabés lo que me pasó! —Llegó a un lado del vendedor y lo miró con desconcierto—. ¿Y éste quién es?

Mi amigo era un hombre respetuoso. Normalmente no hubiera hablado así de alguien a quien no conocía, pero, al parecer, aquél no era un día normal para él y, la verdad, agradecí que me diera pie para quitarme al vendedor de encima.

—No sé. Llegó hace un rato y se sentó ahí, y no para de hablar de seguros y otras inmundicias.

—Mirá, Adrián, realmente necesito hablar con vos.

Soy psicólogo y cuando alguien me dice que realmente necesita hablar conmigo no suelo alarmarme. Ocurre con el noventa por ciento de los pacientes que vienen a mi consultorio; sin embargo, que fuera él quien lo dijera sí me preocupó.

—¡Claro! Sentate —le dije, y luego agregué mirando al vendedor—: Este... me podría disculpar un momento. Es algo urgente.

—¡Sí, claro! —me respondió y se cruzó de brazos.

Resoplé.

—La silla, por favor...

Al fin comprendió y se levantó dando un salto. Luego se volvió a disculpar una docena de veces y me extendió una tarjetita de cartulina. Se la acepté.

—Llámeme, por favor, si le interesa —agregó y se alejó con rumbo inseguro. Esquivó algunas mesas y acabó sentándose en la barra, frente a Don Julián, el barman, que lo miraba con expresión poco placentera. No llegué a ver qué bebida pidió.

—¡Qué plomazo este... Dos Santos! —me quejé, leyendo la tarjeta. Mauricio pareció no escucharme; sus ojos me buscaban con desesperación.

—Adrián. Algo me está pasando... —dijo con voz temblorosa—. Tengo miedo.

La neurosis convive con la humanidad desde el principio de los tiempos: todos, en alguna medida, tenemos miedos, fobias o antipatías. Mauricio, hasta ese momento, nunca lo había demostrado.

en la oscuridad. La silueta que desprendo es más robusta, los hombros se han ensanchado y de mi cuello han brotado músculos duros y abundante vello. Sobre las sienes afloran dos largos cuernos de toro. Mi boca empieza a echar espuma y una ex-

traña vehemencia me invade mientras la sangre corre frenética por mis venas. Comienzo a ponerme furioso mientras lo comprendo todo.

Yo soy el minotauro.

© OSCAR BRIBIÁN, 2009.



OSCAR BRIBIÁN LUNA
(España —Huesca, 1979—)

Actualmente residente en Zaragoza, en **NM** 11 publicó su relato *Condenados*. Es director de la revista literaria **Oxigen** (www.revistaoxygen.com) y miembro de la asociación de escritores "Nocte" (www.nocte.es).

que el techo apenas alcanzaba la altura de un hombre bajito. Yo andaba en primer lugar aunque él me guiaba desde la retaguardia, informándome si debía girar a la izquierda o derecha. Aquél era un verdadero laberinto de esquinas y bifurcaciones y, mientras caminaba temeroso de encontrarme con algún abismo insuperable, pensaba en quién diablos podría haber excavado aquello. Llevábamos muchos metros avanzando, imposibles de calcular, cuando alguien o algo me hizo tropezar. Caí de bruces al suelo, derramándose el contenido de la lámpara, y en seguida advertí que me había torcido un tobillo. Pude girar sobre mí mismo y observé horrorizado cómo Carlos caminaba raudo alejándose de mí. Le grité que volviera con todas mis fuerzas pero no hizo ningún caso a mis súplicas. Intenté seguirlo pero me resultó imposible. Con él se fue alejando la luz de su lámpara y yo terminé sumiéndome en la oscuridad. Pude escuchar cómo la pesada puerta chirriaba hasta cerrarse y me quedé completamente solo. Procuré no dejarme vencer por el nerviosismo y eché mano de la cajetilla de fósforos que él me había dado, descubriendo para mi fatalidad que sólo había una cerilla. La encendí y durante los escasos momentos que duró la lumbre pude desandar parte del camino, aunque no logré llegar hasta la puerta. Ni siquiera sabía si ése era el camino correcto, porque habíamos superado varias bifurcaciones y mi orientación era nefasta.

Han pasado unos dos días desde que entré aquí, en el laberinto. Ha-

ce mucho rato que no puedo ver la hora en mi reloj digital. He mantenido durante tanto tiempo mis dedos oprimiendo el botón que ilumina la pantalla que mis manos se han entumecido y la pila de litio se ha agotado. Me duele el tobillo, tengo el estómago vacío y la garganta seca como el esparto. Una creciente excitación me hace temblar continuamente. Llevo dos días escuchando el avance de las alimañas. No puedo dormir en esta oscuridad que me envuelve, y mi única defensa es mantenerme quieto como un bebé agazapado, con los brazos y rodillas doblados para intentar ocupar el menor espacio posible y evitar que me encuentren. El corazón me golpetea con violencia en el pecho amenazando con asfixiarme; no ha dejado de latir frenéticamente desde que quedé encerrado. El sudor mantiene mi ropa empapada y pegada a mi estremecido cuerpo cual mortaja. He defecado y orinado en el mismo lugar dos veces, sobre mí mismo, pero el hedor que transmito apenas me importa. Un terrible dolor de cabeza atrofía mis sentidos. Sólo mis oídos captan sonidos lejanos. Percibo el sisear de las serpientes y el mordisqueo de los grandes roedores, y rezo para que no me hallen. Al cabo de unos momentos escucho el baladro de una bestia y todo a mi alrededor queda en completo silencio.

Soy yo quien ha rugido. Mis brazos parecen más fuertes y los dolores han desaparecido. Me yergo imponente hasta una altura mucho mayor que la mía. El techo bajo ha desaparecido y mis ojos pueden ver

—Decime. Te escucho.

Miró hacia todas partes y encontró aún más la cabeza entre los hombros.

—Es que me da un poco de cosa, ¿viste? ¿Qué vas a pensar de mí, vos que trabajas de esto?

—Nada. Quedate tranquilo. Lo que yo piense no tiene importancia ahora.

—Está bien... Te cuento... Vi cosas... extrañas y creo... no, estoy casi seguro de que me están persiguiendo.

La paranoia más común es la manía persecutoria, y es un trastorno mental más severo que la neurosis. Pero nunca me apresuro a dar un diagnóstico, así que continué de la forma habitual.

—¿Quiénes?

—No lo sé. Pero tengo mucho miedo.

Miró hacia los lados nuevamente y se encontró con la mirada ausente y lejana del vendedor de seguros, aún al acecho. Le toqué el hombro para que se volviera hacia mí.

—¿Y qué son esas cosas extrañas que viste?

—¡Eso es lo más raro, Adrián! —exclamó y golpeó la palma de una mano con la otra—. ¿Viste que vos me aconsejaste decorar mi departamento para que no se viera tan frío y solitario?

—Sí, hace poco de eso.

—Bueno, te hice caso. Compré unas alfombras de colores, un tapiz de no sé dónde y unos cuadros de paisajes y comencé a colgarlos en las paredes... Hasta que vi algo en uno de los cuadros y salí de casa corriendo.

—¿Qué viste?

—No sé. No estoy seguro. Era como un reflejo de hierros retorcidos. Algo extraño.

Levanté las cejas, involuntariamente. No suelo demostrar asombro.

—Pero la pintura era un paisaje, ¿no?

—Sí. Pero de un momento a otro se transformó... Es como si esa imagen se hubiera superpuesto. Y a partir de eso veo que en la calle hay gente que me vigila, que me sigue.

—¿En serio? ¿Y tenés idea de quiénes puedan ser?

—No. Son personas comunes. Qué sé yo. Hasta las viejas con las bolsas de los mandados parecen que me persiguen. —Miró hacia todas partes una vez más—. Incluso acá. Hay mucha gente...

—¿Querés que vayamos a mi consultorio, así continuamos más tranquilos?

—¡No! No. Salgamos. Caminemos nomás. Me estoy sintiendo encerrado.

—Pero hace un calor de locos...

Salimos. Afuera el sol de enero quemaba con su mayor poder y desde el asfalto y los capós de los autos se elevaban espejismos odiosos. Empecé a transpirar y a resollar. Debía ponerme en forma.

—Y, decime, ese cuadro... ¿Lo puedo ver?

Mauricio me miró, desenchajado.

—No. Lo tiré.

—Es una lástima. Hubiera sido interesante inspeccionarlo.

No dijo nada. Sus ojos siempre huidizos buscaban aquí y allá, incansablemente.

—¿Podemos ir a tu casa, entonces?

—¿A casa?

—Sí. Para ver cómo quedó decorada.

Dudó un momento.

—Está bien. Vayamos... espero que esté todo ordenado. Yo hace una semana que no piso por allí. Estoy durmiendo en un hotel desde que vi lo del cuadro.

“¿Tanto lo había afectado aquel reflejo engañoso?”, me pregunté, pero no le dije nada. Me entusiasma mucho la idea de poder demostrarle físicamente que sus miedos eran infundados. No era el método habitual, claro está, pero Mauricio era mi amigo y eso ya matizaba todo el asunto como algo personal.

Fuimos a su departamento y nos plantamos en la puerta de entrada, como esperando a que pasara algo. Mauricio colocó una oreja sobre la madera y frunció los labios. Yo lo dejé hacer; era contraproducente evitar que se desahogara.

—Parece que está todo tranquilo —dijo.

—Entremos, entonces.

Mi amigo giró la llave con mucho cuidado y abrió la puerta lentamente. Dentro, el olor a encierro y el calor nos sofocaron. Luego de echar una mirada rápida, me acerqué decidido a la ventana y levanté la persiana. La luz de la tarde inundó la sala y nuestros ojos presentaron resistencia durante un momento.

—¡Está todo en orden! —exclamé sonriendo.

—Así parece...

Repasé la pared opuesta a la entrada y descubrí el tapiz y un cuadro, y más a la derecha, por encima de un sofá antiguo que prometía ser muy cómodo, un clavo solitario.

—¿El cuadro que falta estaba ahí?

Mauricio asintió con la cabeza y evitó mirar hacia donde le indicaba.

Me acerqué y estudié la zona con detalle. La pared lisa, de un salmón suave, no evidenciaba nada extraño. Enfrente, a un lado de la entrada, no había nada particular que pudiera ser reflejado. Me encogí de hombros.

—Coloquemos otro —dije simplemente.

—¿Qué?!

—Como lo oíste. Quitaré aquel de ahí y lo colocaré en este lugar.

Mauricio palideció y retrocedió un par de pasos, pero no se negó, como creí que haría. Entonces, hice lo que dije: utilizado una escalerilla descolgué un cuadro y me dispuse a colocarlo encima del sofá, cerca de la ventana, un sitio bastante incómodo. Se lo comenté.

—Mirá que hay que tener un gusto muy particular para poner un cuadro acá, Mauricio.

Mi amigo no respondió a la broma. Pude sentir su respiración agitada unos metros por detrás de mí. Estaría mirando todo con pánico. Me resistí a volverme y continué con mi objetivo. Y entonces algo extraño apareció. Justo cuando acercaba el cuadro al clavo, noté una sombra oscura cerniéndose sobre el vidrio. El hecho me tomó desprevenido y casi dejé caer la pintura. Sin embar-

do avanzaba decidido por el túnel del laberinto, con una antorcha en la mano y una espada corta en la otra. Quedé sorprendido al descubrir que las facciones del personaje eran idénticas a las de Romani, como si el autor hubiese querido autorretratarse en una historia de leyenda. Al fondo del túnel se revelaba una forma monstruosa y cornuda, con dos ojos tan descaradamente humanos como besitales eran sus pezuñas.

—Lo titularé “Teseo y el minotauro” —me confesó.

Era extraño ese cuadro. La escena transmitía un aliento tan real, y los rasgos del monstruo eran tan dolorosamente definidos que causaban verdadero estupor. Pero lo más peculiar de la escena no era la estupenda recreación de la antigua leyenda griega, sino la expresión de Romani como protagonista. Ésta era tétrica y maliciosa, a tal punto que se descubría como el verdadero cazador, mientras que el monstruo era la presa estremecida y escondida en la oscuridad.

Luego reparé en la puerta que había junto al caballete.

—¿A dónde conduce? —pregunté.

—Es un pasaje que comunica con la Basílica —me dijo.

Yo no quise creerlo y aquello provocó en Carlos una sonrisa siniestra, semejante a la reflejada en su retrato. Eso me estremeció. Abrió la pesada puerta y mostró ante mí un túnel que descendía con ligera pendiente hasta perderse en la oscuridad más absoluta. Después pudo explicarme que en realidad no sabía a

dónde conducía, aunque le habían contado los anteriores dueños de la casa que el pasaje alcanzaba hasta la Basílica y más allá, descendiendo finalmente hasta una profunda sima. Él sólo entraba allí de vez en cuando para inspirarse, aunque apenas había explorado un centenar de metros del recorrido. Decía que la sensación de claustrofobia allí dentro lo ayudaba para imaginar las fantásticas escenas de sus pinturas.

—A veces paso días enteros en el túnel —indicó—, con una lámpara de aceite y fósforos. Y cuando siento que mis ojos comienzan a ver sombras extrañas y mis oídos escuchan repetido el eco de mis propios pasos, entonces vuelvo a ascender hasta la bodega, justo a tiempo para no volverse loco.

Me ofreció echar un vistazo y acepté. Supuse que internarme en aquel recóndito escondrijo me ayudaría a mí también para inspirarme en mis relatos. ¡Quién sabe si alguien había descubierto alguna vez su final! ¿Y si era ése el verdadero secreto que guardaba Romani? ¿Acaso era lo que favorecía su ingenio artístico? Permanecer allí sin más que hacer que imaginar siluetas ocultas, obligando a su mente a resistir una lucha constante entre la cordura y la demencia durante largas horas.

Entramos los dos en el túnel. Ambos sosteniendo una antigua lámpara de aceite de latón en la mano y guardando una cajetilla de fósforos en el bolsillo. Yo habría preferido una linterna, pero Carlos era un individuo enamorado del pasado. Avanzábamos despacio, algo agachados, por-

y menos en las tinieblas. No había timbre electrónico ni videoportero; ni siquiera una aldaba que zarandear. Recuerdo que Romani abrió la puerta antes de que yo llamara. Me dijo que estaba esperándome —yo había llegado diez minutos tarde— y me invitó a pasar con el gesto ausente. Era un sujeto delgado y de estatura mediana, con el pelo cobrizo y la piel pálida como la de un vampiro. Su casa, que abarcaba dos pisos y un sótano, estaba sumida en la más completa oscuridad. No empleaba luz eléctrica y las ventanas estaban bajadas. Sólo la luz de cientos de cirios iluminaba las estancias. Decía que todos los sonidos y luces procedentes del exterior lo molestaban y que necesitaba estar siempre concentrado, mientras que yo empezaba a darme cuenta de que existían locuras más extrañas que la mía.

Vivía solo. No quiso nombrar a ningún familiar y yo preferí ser discreto. Respondió con evasivas cuando traté de descubrir algo sobre su vida. Parecía una persona taciturna, e incluso caminaba lánguidamente, como quien no desea hacer ruido para evitar despertar a quienes permanecen dormidos. No quiso revelarme dónde nació ni su edad exacta, aunque no aparentaba más de veinticinco años y estaba matriculado en la carrera de Filología Hispánica, a cuyas clases reconoció que no asistía. Ante mis inquietudes acerca del resto de sus obras aceptó gustoso que bajara a verlas. Me prohibió que le hiciera fotos a él o a lo que yo iba a descubrir abajo. Su único objetivo consistía en mostrarme toda su obra

en la intimidad de aquella casa, ahora que comenzaba a ser alguien reconocido, pero no deseaba divulgar las imágenes en una revista. Sólo me permitió describir la visita con lo que yo recordara.

Descendimos unas escaleras esculpidas en piedra hasta llegar a una bóveda medieval de paredes enmohecidas. Allí descansaban apoyados contra la pared decenas de cuadros escalofriantes. De este modo comprobé que el talento de Romani era categóricamente superior a todo lo que yo había visto hasta la fecha. Nadie podía igualar sus contrastes de color y la perfección anatómica de sus personajes. Hasta tal punto alcanzaba el cenit artístico que sería inútil intentar describir adecuadamente aquellos cuadros expuestos a todo lo largo de la sala, gélida como un cementerio. En los lienzos podían contemplarse acantilados escoceses con figuras humanas lanzándose al vacío, bosques y tribus celtas en rituales de sangre, catedrales góticas cuyas gárgolas trepaban por los arbotantes, un hombre escribiendo el Necronomicón en una antigua lengua árabe, escenas de batallas griegas protagonizadas por héroes apasionados... Todos eran cuadros impresionantes, dignos del Siglo de Oro.

Entonces lo vi. Junto a una puerta remachada en bronce descansaba sobre el caballete su último trabajo. Un oscuro espacio se abría ante mis ojos con hábiles trazos, plasmando una profundidad que mareaba si se fijaba la vista en ella, y a dos personajes de contraria naturaleza. En primer plano un joven semidesnu-

go logré colocarla en su sitio y me bajé de la escalera de un salto, instintivamente.

—¡Viste! —gritó Mauricio—. ¡Ahí está otra vez!

Y efectivamente, ahí estaba. Fue-
ra lo que fuese lo que se veía, se reflejaba desde algún sitio frente al cuadro. Seguí la trayectoria con la vista, pero no descubrí nada inusual. Y, a pesar de todo, algo se veía. Me aproximé un paso y agucé la vista.

—Parecen columnas... y vigas de metal.

Mauricio superó momentáneamente su miedo y se aproximó a mí.

—Sí, pero se confunden un poco con la imagen.

—¿Serán los cuadros? —me pregunté, y acto seguido, y sin pensarlo dos veces, trepé a la escalera y lo descolgué. Descendí tan rápido como había escalado y observé el cuadro con detenimiento. No se distinguía nada especial. No había más reflejo que mi propio rostro y una pared de fondo.

—Los compré en distintas tiendas —titubeó Mauricio—. Para mí es ese lugar de ahí arriba. Algo tiene.

Lo que decía Mauricio me pareció acertado y tuve una idea definitiva.

—Dame un espejo —le pedí, sintiendo el corazón latir como cuando de niños hacíamos alguna travesura juntos.

—¡Un espejo!

—¡Sí, Mauri, un espejo!

Mi amigo aceptó y en pocos segundos tuve en mis manos un espejo de casi medio metro de alto, cubierto con un paño rojo para evitar

sorpresas desagradables. Lo coloqué cuidadosamente en el clavo correspondiente y descendí de la escalera. Miré a Mauricio por un instante y me volví hacia el espejo. Tiré de una punta del paño y el reflejo apareció nítido frente a nuestros ojos.

Tragamos saliva.

La imagen era más extraña de lo que suponíamos. Desde donde estábamos se podía apreciar una especie de andamiaje rudimentario, muy extenso que se alejaba y multiplicaba hasta donde alcanzaba la vista. Estaba colocado sobre un fondo oscuro impenetrable, como si flotara en algún punto del espacio exterior. La idea me sobrecogió.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—No tengo idea, Adrián. Pero te dije que era muy extraño.

Me guardé todos mis títulos universitarios en el bolsillo más recóndito de mi mente y asentí, alhelado.

Busqué un mejor ángulo y descubrí que el andamiaje aparentaba nacer en el reflejo del espejo, y extenderse hacia el infinito en una recta perfecta. Por encima y por debajo de esta recta se cruzaban otros entramados de vigas y columnas supuestamente metálicas, que se perdían más allá de nuestras posibilidades.

—El espejo se parece a una ventana... —comentó Mauricio con un hilo de voz.

—Como si fuera un pasaje... hacia otro lugar —completé yo, absorto.

Y en ese momento algo nuevo apareció reflejado en el espejo: una sombra delgada, recta, con decenas

de extremidades cortas se acercaba a gran velocidad.

—¡Algo viene! —gritó Mauricio.

Yo no tuve tiempo de gritar y propuse lo primero que me vino a la mente.

—¡Rajemos!

Salimos del departamento como una exhalación y cuando nos quisimos acordar ya estábamos en la calle, corriendo como dos poseídos. El sol se estaba ocultando en el horizonte y las sombras alargadas de postes y carteles nos sobresaltaron en cada esquina. Finalmente nos detuvimos. Habíamos hecho unas tres o cuatro cuadras solamente, porque el cuerpo no nos daba para más. Nos sentamos en el cordón de la vereda y buscamos recuperar el aire.

—Eso... sí que fue... horrible. —dije.

—Díos mío. A ese departamento... no vuelvo más.

—Hagamos... la denuncia a la policía.

Mauricio negó con la mano y con la cabeza antes de poder articular palabra.

—Nos van a encerrar a nosotros.

—Tenés razón. Sólo digamos que encontramos ladrones... Ellos sabrán qué hacer con... eso.

Así lo hicimos, en la comisaría más cercana y frente a un agente con muy pocas ganas de atender urgencias.

—¿Todavía está ahí el ladrón? —preguntó con desdén.

—No lo sabemos —dije—. Escapamos no bien lo vimos.

—Entiendo... Bueno, enviaremos una patrulla, y será necesario que

nos acompañen para denunciar los objetos que les hayan sido sustraídos.

—¡Yo no vuelvo ni loco! —me susurró Mauricio al oído.

“Yo tampoco”, pensé. Me encogí de hombros.

—¡Vámonos! —le dije a Mauricio en voz baja—. Antes de que busquen retenernos. De todas maneras enviarán la patrulla.

Y así, solapadamente y con un terror galopante anudado en la garganta, nos alejamos del agente y ganamos la calle en el primer descuido.

Afuera ya era de noche y, por todos los sobresaltos sufridos durante el día, decidí que lo mejor sería llevar a Mauricio a mi casa y tratar de descansar un poco. Quizá con la luz del nuevo día las cosas se aclararan, de alguna manera.

Cuando llegamos a casa, Irene se encontraba preocupada por mi tardanza y tuvimos que contarle la versión del robo para no alarmarla. Le ofrecimos una ducha fresca a Mauricio y luego lo metimos en la cama del dormitorio de huéspedes, con una sublingual de por medio. Nos lo agradeció infinitamente.

Por la mañana, mi esposa salió hacia su trabajo temprano y yo me desperté un rato más tarde. No estaba acostumbrado a los calmantes. En la habitación de Mauricio no se oía ningún sonido y entré para despertarlo. Me sorprendí al no encontrarlo en la cama pero enseguida lo descubrí dormido sobre un sillón, sosteniendo un pequeño espejo en la diestra.

critor y lector con una renaciente sociabilidad perdida en mi memoria. Pero hace aproximadamente dos días acudí a visitar a un joven artista cuyo secreto era la envidia de todos los maestros.

Se llamaba Carlos Romani y era pintor. Siendo completamente desconocido había conseguido el primer premio del certamen universitario de arte joven de la ciudad. El día de la presentación de la obra ante los medios de comunicación, a la cual asistí, el jurado reafirmó con unanimidad su decisión: “Hace más de un siglo que esta ciudad no ha tenido un pintor tan grande como Carlos”, señaló el rector de la Universidad. Hubo algunos periodistas y expertos que, sin ver apenas el cuadro, pusieron en tela de juicio la aptitud de los miembros del prestigioso jurado. Pero nadie que hubiera contemplado de cerca la obra ganadora podría negarle el primer puesto. Producir obras como la de Romani requería un profundo conocimiento de la naturaleza humana y de lo fantástico. Cualquier dibujante experimentado puede salpicar un lienzo de tintes oscuros y proyectar formas terribles para conseguir una escena de terror. Pero únicamente Romani lograba combinar la realidad y la imaginación de forma que fuera igualmente verosímil y espeluznante. Su “Aquelarre” parecía el vivo retrato de una escena real, casi fotográfica. Las tres ancianas meigas en el sombrío claro del bosque no podían plasmarse mejor. Pero era la expresión facial del joven atado al árbol retorcido lo que resultaba más escalofriante. Ni siquiera Goya podría ha-

ber dibujado algo con tanta intensidad. Todo él parecía temblar en la imagen, exhibiendo un rictus de terror mientras intuía el ente incorporado escondido entre la maleza. Desde el momento en que vi el cuadro percibí que la mente de Romani transgredía los límites de la imaginación, y acerté al comprender que era un genio. Había algo en su estilo que captaba el miedo más recóndito de cada ser humano, y los esquemas cromáticos que empleaba eran capaces de oscurecer incluso una habitación bien iluminada. Cuando le preguntaron por su secreto, él bromeó con que ya llevaba siglos practicando. Guardaba el resto de sus obras en el sótano de su casa, aunque era de este último trabajo del que se sentía más orgulloso. Por eso se presentó al certamen.

Tuve el propósito de entrevistarlo para añadir un pequeño éxito en la edición de “Palabras Escritas”, antes de que recibiera más premios y se convirtiera en un personaje famoso e inalcanzable. Accedió fácilmente, tal vez porque intuía en mí un reflejo de su propia peculiaridad, porque fui el primero que tuvo la oportunidad de visitarlo en su propia casa.

Acudí temprano, en torno a las siete de la tarde, pero el invierno y la lluvia parecían cebarse aquel día especialmente con el casco antiguo de la ciudad. Me adentré en calles angostas y serpenteantes, semejantes a desfiladeros de ladrillo donde las sombras de una oscuridad temprana jugaban agazapadas en las esquinas. Encontré su casa fruto del azar, porque mi intuición nunca fue buena

que entiendo que es en la adolescencia, y no en la infancia, cuando las personas son más crueles inconscientemente o, por lo menos, en la infancia los insultos casi siempre sueñan a esparcimiento, mientras que en la adolescencia saben a derrota y vergüenza. Y en esa época de la vida en que se coronan reyes tempranos y bufones pánfilos, a mí me tocó el papel de bestia mitológica, triste y solitaria. No encontré mejor consuelo que el de una cada vez más creciente y obsesiva afición por los libros.

En mis escasos años como lector insaciable he deglutido la nada desdeñable cantidad de doscientos volúmenes anuales, adquiriendo apenas una docena de ellos en librerías, con lo que el mercado editorial actual no tiene por qué agradecerme nada. Sin embargo, sí puedo jactarme de haber sido uno de los pocos lectores que han obligado a trabajar sin mesura a los funcionarios de las bibliotecas públicas. Comencé anotando ceremoniosamente el historial de mis cacerías literarias en una pequeña libreta de anillas. Lo hacía con prudencia burocrática, cuidando la grafía como un aprendiz, aunque más tarde me alié con la informática para organizarme mejor en un archivo de texto. Me gusta la escritura manuscrita, pero soy un fanático del orden. No pude evitar el cambio a peor. De manera que tengo escritos (o tecleados) los cientos de títulos con sus autores, reseñas y valoraciones personales. *C'est mi petit trésor*. La prueba irrefutable de que no he perdido el tiempo.

He de reconocer que algunas obras han pasado ante mis ojos como un verdadero jeroglífico. Depositó una fe tan ciega sobre todo aquello escrito por autores consagrados, que obvié por completo cualquier pensamiento segregacionista, admitiéndolos todos, sea cual fuere su condición. Así, estudié largos ensayos sin comprender una palabra, por la mera liturgia de haberlos devorado en mi soledad kafkiana. No me arrepiento de ello, porque estas obras incomprensibles son, en cierto modo, como los obstáculos en una prueba atlética. Son precisamente las dificultades que se han de superar en una carrera las que verdaderamente determinan la valía del deportista. Es fácil correr. Todo el mundo llegaría a la meta si el camino fuera llano, aunque lo hiciera con más lentitud. Pero son los obstáculos, los obligados saltos o adelantamientos que se encuentran a lo largo de la pista y que obligan a un esfuerzo mayor, los que determinan la capacidad del individuo.

Participar como redactor en la revista de mi facultad, "Palabras Escritas", tras varios años como lector pertinaz y escritor anónimo, sirvió para sacudirme de encima todos los instintos de lobo estepario y aliarme con otros jóvenes. Colaboraba con artículos literarios, diseccionando el estilo de Joyce y las brevedades de Monterroso. Aportaba cuentos nacidos de mi imaginación y de vez en cuando me ofrecía para entrevistar a alguna eminencia local. Mi vida parecía normal en ese breve periodo. Combinaba mis facultades como es-

Al oír mis pasos se despertó sobresaltado y se apresuró a apoyar el espejo sobre una pared. Tras ver sólo su reflejo se calmó un poco.

—Tranquilo —le dije—, ya es de día. Vas a ver que con el sol todo es distinto. Ya descubriremos qué es lo que vimos ayer.

Me miró como trastornado. Se notaba que a pesar del medicamento no había podido dormir bien.

—Dame ese espejo y preparete que vamos a volver a la comisaría. Tenemos que recobrar la cordura y buscar una respuesta coherente...

—¡No, esperá un poco! —me gritó y pasó corriendo a mi lado rumbo a la sala. Cuando me volví, estaba moviendo el espejo por encima de todos los muebles.

—Si están por algún lado es por acá.

—Tranquilízate, Mauricio. Lo que pasó en tu casa pudo haber sido una sugestión colectiva. Quizá ya no ocurra nunca más.

Pero él no me escuchaba y seguía con su conducta neurótica subiéndose a los muebles. En un momento se lanzó desde uno y pasó corriendo hacia mi dormitorio. Su actitud me molestó un poco y le grité. No me respondió ni hizo ruido alguno. Fui al dormitorio y lo encontré petrificado, de pie sobre la cabecera de mi cama, con el espejito apoyado en lo alto de la pared.

—¡Mirá! —me dijo con voz trémula.

Me acerqué y distinguí nuevamente el siniestro andamiaje metálico, tal como ocurriera en su departa-

mento. El corazón me dio un salto en el pecho y la sangre se heló en mis venas. Le arrebaté el espejo y lo moví de un lado a otro. Un metro a la izquierda ya no se veía sino la pared opuesta. Lo mismo ocurría si lo movía la misma distancia hacia abajo o a la derecha. Sin embargo, en ese sitio acotado de unos cincuenta centímetros de lado podíamos observar el complejo entramado de columnas y vigas que se extendían en la distancia como un laberinto.

—¡Están también aquí! —exclamó Mauricio.

—¡Dios mío! ¿Cómo puede ser cierto esto?

Nos quedamos sin palabras, mirándonos aterrados.

—Mejor salgamos de acá —propuse.

Caminamos sin rumbo un buen rato, sin emitir palabra, y al fin desembocamos en el café de la esquina, el mismo de siempre. Entramos y nos desplomamos frente a una mesita. Pedimos dos cafés bien fuertes y nos quedamos viendo las caras.

—¿Qué son? —me preguntó luego de un rato.

—No sé. No me puse a pensarlo. Lo que sí, no parecen amigables.

En ese momento, dos manos huesudas y pálidas cruzaron frente a nuestros ojos y depositaron dos paños sobre la mesa. Levanté la mirada y descubrí a Dos Santos a mi lado.

—No. Ahora no, Dos Santos. No queremos ningún seguro, por Dios.

—No es un seguro, exactamente —respondió. Tomó una silla de otra

mesa y se sentó a nuestro lado—. Digamos que es un convenio.

—¿Qué? No entiendo.

—Lo que vieron debió ser muy traumático —agregó y ambos nos volvimos hacia él con los ojos abiertos, a punto de salirse de las órbitas—. Y por eso quiero que firmemos un pacto de silencio.

—¿Qué vimos? —aulló Mauricio, desquiciado.

—Una puerta, o, más bien, una ventana —aclaró un Dos Santos sereno y seguro, muy distinto del vendedor atolondrado del día anterior—. Es una gran estructura que nos permite observar sus vidas durante buena parte del día y así conocerlos en su intimidad y familiarizarnos con ustedes.

—¿Por qué? —inquirí algo asustado.

—Porque queremos vivir entre ustedes y no llamar la atención con comportamientos extraños. De hecho, ya lo estamos haciendo desde hace mucho tiempo. Nuestra red está en casi todo el mundo, en cualquier parte donde se puedan imaginar o, mejor dicho, donde no se imaginan. ¿Cuántos mundos habitables como éste creen que hay en nuestra galaxia? ¿Muchos? Se equivocan; son muy pocos. Nuestro mundo es un pedazo de roca candente que apenas puede albergar unos millones de seres. Es por eso que necesitamos expandirnos a este mundo y queremos hacerlo de una forma pacífica, sin alterar las vidas de las personas de aquí.

—¿Vos sos...? —susurró Mauricio cubriéndose la boca con una mano.

—Sí. Soy uno de ellos. Estudié a Adrián durante muchos años antes de animarme a aparecer en su vida. Y ahora necesito que hagamos este pacto de silencio para mantener en secreto esto que les he contado. —Tragué saliva y me enjuagué el sudor de la frente con un pañuelo. A mi lado, mi amigo estaba pálido—. Les diré qué haremos: quitaremos nuestras estructuras de sus viviendas y de sus lugares de trabajo a cambio de que no revelen una sola palabra de nuestra existencia. Les aseguro que no sabrán de nosotros nunca más.

Con Mauricio nos miramos, dudamos un segundo, nos volvimos a mirar y, como no teníamos espíritu de héroes ni soñábamos con salvar al mundo, firmamos inmediatamente.

—Una cosa más —dije yo—. De los que conozco aquí, en este bar, además de vos, ¿hay algún otro de los tuyos?

Dos Santos miró hacia todas partes y se encogió de hombros.

—No lo sé. Supongo que no —respondió con una sonrisa y recogió los papeles firmados. Luego se levantó y se fue.

Desde esa mañana, que se niega a desaparecer de mi mente, nunca lo volvimos a ver, tal como lo había prometido, y en mi casa y en la de Mauricio todo volvió a ser normal, a excepción de lo recargadas de cuadros y espejos que quedaron las paredes.

Cada tanto, en alguna reunión en casa de Mauricio, veo a mi amigo ojeando el reflejo de sus cuadros y suspirar de alivio.

TESEO Y EL MINOTAURO

OSCAR BRIBIÁN

Estoy loco.

La mía es una locura abstracta, difícil de entender o diagnosticar. A ojos de los demás puedo parecer simplemente introvertido, pero cada cual entiende la locura a su manera.

Desde siempre he sido considerado un chico extraño. En todo instituto o escuela se encuentran clasificados el inteligente, el listillo, el tonto, el charlatán, el tímido, el guapo, el feo, el fuerte, el debilucho... y también hay un raro. Siempre hay un raro. Yo era uno de éstos. Tal vez porque desde niño jugaba solo en los recreos, seleccionando minuciosamente arañas que, atrapadas y engañadas por mi superioridad jerárquica, depositaba a su suerte en tarros llenos de hormigas rojas, mientras mis compañeros jugaban inocentemente a policías y ladrones. Poco después, harto de presenciar horribles descuartizamientos entre insectos, cambié las arañas por los cómics de ciencia ficción. Éstos no eran guardados en tarros, sino en cajones cada vez más profusos en mi habitación, y fue mi

madre la que decidió un día desmembrarlos todos, arrancando sus espaldas dorsales cosidas con hilo blanco y deshojando uno a uno todos ellos como margaritas de pétalos en blanco y negro. Fue el castigo por mi nefasto expediente escolar.

No obstante, mis inquietudes hacia lo fantástico no cesaron, y los cómics evolucionaron irremediablemente hacia una forma más densa: los libros. En este camino adquirí la capacidad sin igual de abstraerme del resto del mundo. Luego comencé a escribir historias en un desusado cuaderno de ejercicios, y esto fundó mi condición de escritor.

Ya en el instituto, simultáneamente a mis primeras lecturas serias y escritos imberbes, heredé por primera vez el apelativo de "loco", y ya nunca logré desprenderme de él. Mi desafecto hacia los alumnos que me promulgaron tal apodo facilitó que me desvinculase pronto de cualquier futura amistad. Ahora procuro que el recuerdo no me afecte demasiado. Intento darle menos importancia, por-

el sellado del nicho. Asumió que era el fin. Ahora dispondría de una eternidad en la oscuridad perpetua mientras su cuerpo se descomponía y sólo sus huesos maltratados quedaban como testigos de su espantoso final. Estaba equivocado; su destino no era fácil ni predecible. Comenzó a oír un ruido. Sonidos de raspado, de excavación. Algo o alguien estaba intentando llegar hasta su ataúd. El ruido era cada vez más cercano y aterrador. No podía comprender cómo no lo dejaban descansar en la paz de la muerte. El tiempo pasaba, cada vez más cercado por los sonidos que indicaban que estaban forzando su tumba, hasta que la tapa del féretro cedió y se abrió. Cuando el horrible engendro se abalanzó sobre sus restos mutilados y comenzó a devorarlo intentó desesperadamente chillar. Sintió un dolor insoportable, pese a que la muerte tendría que haber borrado cualquier padecimiento. Durante un instante el sufrimiento alcanzó una intensidad inimaginable, ocupando todo su universo, envolviéndolo en una negrura absoluta.

Volvió a estar en su casa. Tumbado inmóvil en la cama, fue despertado por esa violenta luz que lo deslumbraba. Regresó la sensación de parálisis, de estar atrapado en un cuerpo que no podía controlar. De nuevo apa-

reció Emilio y el médico que lo examinaba. Había sutiles cambios. Algo de él recordaba la experiencia anterior, lo que convertía a la situación en algo más aterrador, si cabe. Un extraño hedor acompañaba al doctor y a Emilio. Cuando las máscaras de ambos terminaron cayendo, las imágenes de pesadilla que mostraban eran distintas de lo que recordaba, e igual de irreales e imposibles. Se repitió el proceso de degradación y tortura que era la autopsia pero un nuevo horror vino a sumarse, al ser arrojado a una fosa común, rodeado de cadáveres en descomposición. Cercado por los gusanos de la tierra, una voz surgió dentro de su cabeza. “Éste es tu infierno privado, diseñado específicamente para ti, ya que tanto temías a la muerte y a todo lo que la rodea. Serás arrojado a un pozo, devorado por alimañas en un bosque, bajarás a las simas oceánicas, te convertirás en cenizas en un horno crematorio. En todos esos lugares y en muchos más se depositarán tus restos, pero nunca alcanzarás el descanso, porque el ciclo, igual y diferente, durará para siempre”.

Quiso gritar pero no pudo. Ya sin esperanza, siguió sufriendo en esa tumba que era su cuerpo.

© JUAN J. TENA, 2009.

JUAN JOSÉ TENA
(España —Valencia, 1973—)

Publicó relatos en **Miasma**, **Axxón**, **NGC 3660**, **Alfa Eridiani**, **Mascarada**, **Efímero** y en el *fanzine* **La Ventana**. Escribe relatos y poesía, y sus gustos en lectura son variados, aunque su género favorito es el terror. Su bitácora (“Textos secretos”) está en <http://jjt-textossecretos.blogspot.com/>.

Post scriptum del mes de julio pasado:

Fuimos con Mauricio a la casa de Lucho Amaro, un primo suyo, a cenar una noche, y en cierto momento de la velada perdí a mi amigo de vista. Con la excusa de ir al baño dejé a Lucho con las mujeres y encontré a Mauricio metido en la alcoba de su primo con un espejo en la mano. Cuando me vio me llamó a su lado y pudimos ver el reflejo de los andamiajes otra vez en aquel lugar. Ya no nos sorprendimos, y hasta diría que tampoco nos

intimidamos. Simplemente, nos encogimos de hombros.

—Y bueno, mientras no lo sepa nunca... —dijo Mauricio.

Post scriptum final:

Luego de haber firmado el pacto de silencio recibí, mensualmente y sin atraso, una serie extensísima de cuotas a pagar por un seguro de vida de lo más completo que el muy taimado de Dos Santos me había adosado.

© CLAUDIO A. AMODEO, 2009.



CLAUDIO ALEJANDRO AMODEO
(Argentina —Buenos Aires, 1977—)

“Debo mi afición a la ciencia ficción a mi padre Domingo, quien devoraba los bol-silibros y cuanta revista **Nueva Dimensión** encontraba en las librerías. Más tarde la colección Hyspamérica me hizo hallar a autores como BETER, SIMAK, FARMER y HEINLEIN, quienes alimentaron enormemente mi imaginación e impulsaron unos tempranos garabatos de aventuras espaciales. En la adolescencia me orienté más al ajedrez —mi segunda afición— y menos a los libros. Me recibí de Técnico en Electrónica y trabajé de ello. Tuve un corto paso por la carrera de Literatura pero la realidad económica me volcó a Sistemas Informáticos, que es a lo que me dedico. En este tiempo conocí a mi esposa, con quien me casé en 2006 y tuve a mi primera hija en julio de 2007.

Buscando CF local en 2004 caí por **Axxón** y me inscribí en el Taller 7 donde plasmé mis primeros relatos ‘serios’. Me publicaron una veintena de cuentos en formato electrónico desde entonces. *La muerte interior* y *Crónica de la masacre* pasaron a papel. *Equilibrio* fue mi primer cuento finalista en un certamen en **Axolotl**; luego repetiría con *Narae* y con *Cazador* en **OcioJoven**, con *Rey Robot* en **Portal del Escritor**, y con la novela corta *El mundo, nuestro destino* en **TauZero** (2007). Posteriormente, *La muerte interior* fue seleccionada para el Fabricantes de Sueños 2008, y *La imposible mujer menguante* para integrar el Visiones 2008.

Escribo por las noches y suelo robarle horas al sueño, por lo que ver a estos hijos míos publicados es una gratificación muy importante”.

LOS SERES INTERMEDIOS

RICARDO CURCI

Practicaba la medicina desde hacía largo tiempo, y su nombre había llegado hasta cada pueblo. Pero cuando ya no pudo ir a todos los lugares de donde lo llamaban comenzó a enviar a sus alumnos. Ellos se habían hecho tan sabios como su maestro, y se dispersaron para ejercer su arte fundando templos-hospitales por el mundo hasta entonces explorado.

Si le preguntaban por su origen, él respondía que jamás había conocido a sus verdaderos padres. Los dioses lo abandonaron al cuidado de una pareja humana. Tuvo luego como maestro al centauro Quirón, a quien le debía su sabiduría.

De niño iba hasta el lago a esperarlo, aun antes de que amaneciera. Y mientras la oscuridad y la niebla se despejaban, Quirón aparecía atravesando las aguas desde la orilla opuesta. La gente del pueblo pensaba que no vivía solo, pero nunca nadie pudo saber con quién. Pasaba su vida en los bosques, en busca de las plantas medicinales. No había hombre o animal en esa época que conociese me-

jor las enfermedades o los remedios que el bosque guardaba.

Se vieron por primera vez una mañana en que el centauro recorría las praderas alrededor del lago. Como todos los seres intermedios entre los dioses y los hombres, Quirón se enfurecía fácilmente cuando un humano se atrevía a hablarle sin que le concediese antes la palabra. Pero cuando vio al joven, tímido, mirándolo con ansiedad entre los árboles, le permitió acercarse. El niño empezó a contar lo que sus padres le habían relatado sobre sus ancestros. Aunque al principio se mostró incrédulo, el centauro se dio cuenta de que el joven era diferente a los otros humanos. Los hábitos vulgares lo deslucían, pero eran parte inevitable de su convivencia con los hombres. Desde aquel día decidió tomarlo como aprendiz y enseñarle los secretos de la medicina.

El niño llegaba temprano a la playa del lago para repasar las lecciones del día anterior. Su maestro emergía de la niebla con el torso humano descubierto, el pelo encrespa-

viente de un gusano, ojos rojos que brillaban como rubíes sangrantes y unos enormes colmillos. En ese instante pensó que se había vuelto loco; que no estaba muerto sino trastornado. O simplemente dormido en medio de una pesadilla especialmente elaborada. Debía de ser eso; no era posible que viese desde su inmovilidad absoluta cómo el rostro cariacontecido de Emilio se convertía en una sonrisa lobuna de desprecio, para después desaparecer. Sus facciones se desprendieron de su cara como si fuera un trabajo de manualidades infantiles que se despegaba y se tira a la basura. Emilio, en vez de una cara, tenía entonces un círculo de perfecto vacío, como si fuera un agujero negro que permite acceder a otra dimensión. “Si estoy muerto es horrible morir, y si he tomado algo por error me ha sentado muy mal”, pensó aterrificado, en la tumba inmóvil en la que se había convertido su cuerpo. Sólo quiso gritar cuando lo metieron en la ambulancia, lo llevaron al depósito de cadáveres del Instituto Anatómico Forense y lo introdujeron en un nicho oscuro. Intentó dormir y no pudo. Intentó pedir ayuda y no pudo. Intentó enloquecer y olvidar todo; durante unos momentos creyó que iba a conseguirlo, pero al final no pudo. Tampoco logró despertar, en caso de que se tratara de un mal sueño. No supo cuánto tiempo pasó allí. Unos minutos, unas horas, unos días. De repente volvió a ver la luz. Lo sacaron del cubículo y lo depositaron encima de una mesa. Cuando vio cómo ese hombre de cabellos blancos cogió el material de disección vol-

vió a sentir un terror puro. “Esto no puede pasar. Estoy vivo; ese inepto tiene que darse cuenta. ¿O lo sabe y en realidad es un sádico?”, pensó aterrificado. Se suponía que debía permanecer serio y concentrado como un profesional, pero una sonrisa repugnante deformaba la expresión del forense de una forma grotesca. Rezó para por lo menos no sentir el dolor cuando comenzó a abrir surcos en su carne muerta. Sus rezos no fueron escuchados. Sintió un dolor insoportable, como jamás había imaginado; interminable, avasallador. Vio cómo su cuerpo era profanado, de forma lenta y metódica. Aterrado comprobó cómo el forense comenzó a soltar a modo de saliva un fluido negro, denso, espeso y maloliente, como una nauseabunda papilla infernal, mientras sus ojos orbitaban hundidos en pozos de negrura abismal, con el rostro contraído en un gesto de gozo brutal mientras despedazaba su cuerpo.

Después de ese suplicio, la ceremonia del entierro en el cementerio del pueblo fue un alivio, un remanso de paz. Al fin y al cabo había asumido su condición de cadáver, perdida ya su capacidad de sorpresa ante el horror. Pasó un tiempo indeterminado en la oscuridad más absoluta. Al final iba a ser verdad el lugar común del sueño eterno. Comprendió lo que le había sucedido con un fatalismo desesperado, reconciliado con el mundo y su lugar en él. Lo habían enterrado y descansaba en su ataúd en el nicho. Recordaba las lágrimas de los familiares y conocidos, las flores,

VARIACIONES

JUAN J. TENA

Se despertó en su casa, como siempre. Sus ojos intentaron adaptarse a la luz eléctrica que lo deslumbraba. Hizo ademán de taparse con el brazo pero no podía moverlo. Pensó que aún estaba adormilado y que en cuanto se despejara todo volvería a la normalidad. Pasaron unos segundos e intentó levantarse de la cama. Estaba inmóvil como una barra de acero. No podía entenderlo. Comenzó a asustarse y ponerse nervioso. Quiso hablar y ningún sonido brotó de su garganta; sus labios permanecieron completamente inmóviles. Probó concentrarse en el latido de su corazón. No notó nada, nada en absoluto. ¿Estaba acaso muerto? No era posible; era un joven estudiante, sano y fuerte, con una vida por delante. Se cuidaba, no tomaba drogas; era imposible que hubiera muerto de improviso. ¿O no era imposible? Recordaba haber leído algo sobre la muerte súbita. Su mente intentaba controlar el ataque de pánico que lo aterrorizaba, cuando de repente pensó que era posible que estuviera sufriendo un

ataque de catalepsia. “Esto no puede estar pasando”, pensaba, desesperado; “pronto despertaré de esta pesadilla”. En ese momento alguien entró en su campo visual, delante de esos ojos que no parpadeaban pero que veían. Se trataba de Emilio, su compañero de piso. Lo miraba entristecido; parecía muy pálido y nervioso. Con él estaba un hombre con perilla, de mediana edad que llevaba un maletín médico. Sacó un fonendoscopio del maletín y lo auscultó. Segundos después giró la cabeza en un gesto de negación y comenzó a rellenar unos papeles: el certificado de defunción. En ese momento el médico se puso de espaldas y su imagen se reflejó en el espejo justo enfrente de él. Cuando vio el rostro del médico reflejado sintió por un instante un terror puro, insoportable, abismal. El espejo no mostraba esas facciones de cuarentón que había visto hacia unos segundos sino una abominación absoluta, un rostro lleno de surcos y cicatrices, de consistencia gelatinosa y blanco como el

do en la espalda y el pecho, espeso y confundido con el pelaje equino, intensamente negro, siempre mojado. Él notaba que Quirón lo miraba con lástima al verlo tan delgado y descalzo, con esa túnica blanca y sucia que su madre le había hecho. Pero, como él se esforzaba por aprender, sintió que iba ganándose su afecto.

El centauro le hizo pasar cada vez más tiempo a su lado, y él se fue alejando de la casa paterna casi sin darse cuenta. Cada año vivía menos tiempo allí, a veces sólo durante el verano, hasta que un día sus padres murieron y se encontró frente a sus cuerpos rígidos. Seres ordinarios e irreconocibles como los cadáveres que hallaba al caminar en los bosques.

Luego salió al campo a cavar las fosas, y mientras lo hacía miraba la tierra cultivada y ahora solitaria a su alrededor. Tuvo la sensación de que ese lugar ya no le pertenecía, un lugar del que se había alejado y al que ya no amaba. Envolvió los cuerpos en sus mortajas, y los enterró, devolviendo la tierra excavada a las tumbas. No estaba seguro de si era su deber llorar.

Abandonó el campo y regresó al lago. El pensamiento de que la enfermedad de sus padres quizá podría haber sido curada lo atormentó todo el camino. Quirón le había dicho una vez que la vida tenía su curso natural. Nada era capaz de impedir el deterioro progresivo. Sólo era necesario curar los males que la apartaban de ese camino, los que detenían las tareas humanas o llevaban a la muerte precoz. Al reunirse con su maestro le contó lo sucedido y Quirón es-

tuvo de acuerdo en que los enterrara lejos del lago.

—Ellos son podredumbre —le dijo—. En vida te alimentaron, pero nada más hicieron.

Él creyó en su maestro y puso a un lado el recuerdo de sus padres.

Años después se hizo alto; una barba rojiza cubría su rostro de mirada reflexiva. Fue ganando renombre entre los humanos y Quirón parecía sentirse satisfecho. El maestro seguía sin revelar nada sobre su vida; por eso él fue preguntando en cada casa que visitaba. Le contaron que siglos antes Quirón había sido el favorito de los dioses, pero luego se había apartado para permanecer solo en el bosque. Todos pensaban que debía serle imposible soportar la soledad y que el orgullo por su pasado estaba creciendo otra vez en él. Pero esto ya lo sabía; en los últimos tiempos era fácil ver el cambio brusco de su ánimo, como si una indefinible impaciencia lo estuviese dominando.

Quirón lo interrogaba sobre sus progresos, pero sobre todo pretendía saber si los hombres eran agradecidos para con los dioses. En escasas ocasiones le hablaba de cuando era parte del Olimpo y había conocido los favores divinos. Doblaba el torso para acercarse al oído de su alumno y, con el pelo erizado, relataba historias libidinosas. Luego, su mirada parecía perderse en el recuerdo, y se quedaba en silencio hasta la llegada de la noche.

Era ya un hombre que había entrado en la segunda mitad de su vida y en-

señaba a sus propios alumnos. Un día le hablaron de un hombre cuya existencia no se aseguraba con certeza, pero que muchos afirmaban haber visto. Fue hacia la isla donde supuestamente vivía, porque, si era verdad, se trataba de un ser excepcional. Debió recorrer también varias montañas, desde cuya altura alcanzaba a ver el mar y la costa continental de la que había partido.

El hombre que buscaba se le apareció detrás de un árbol, casi desnudo, excepto por una tela oscura envolviendo su pelvis flaca, con los puntiagudos huesos que parecían querer escaparse del cuerpo.

—¿Qué busca? —le preguntó, con una voz débil, semejante a la brisa que barría la montaña.

Conversaron hasta el anochecer y durante todo el día siguiente, y antes de partir, sintió en la boca y la nariz un sabor, un olor extraño, como la sensación de estar hablando con un muerto. Porque alguien de más de trescientos años de edad debía de haber vuelto de la muerte para justificar su presencia. Pero no había sido así. El anciano contaba hechos ocurridos hacía mucho tiempo, anécdotas que nadie más podría conocer de no haberlas presenciado. Había realizado todo tipo de trabajos, formado una familia de diez hijos y sobrevivido a ellos y sus descendientes. Tenía la piel bronceada con intensidad, las plantas de sus pies duras como rocas. Cuando las manos del maestro palparon aquel cuerpo tres veces centenario, no encontraron nada malo en el viejo; sólo dolores leves y esperables a su edad. Luego

se despidieron, mientras el sol calcinante seguía alumbrando la cima desprotegida.

Al abandonar la isla, pensó en las palabras que el viejo le había dicho cuando él quiso saber cómo sobrevivir al cansancio mortal del trabajo diario, a las enfermedades cotidianas, tan frecuentes que era imposible expulsarlas, como visitas indeseadas más fuertes que nosotros. El anciano no supo responderle; solamente se dejaba llevar, le dijo, por el impulso desconocido de la vida.

Por eso iba a preguntárselo a Quirón.

Cuando el centauro escuchó todo esto comenzó a correr y corcovear de un lado a otro de la playa, furioso. Nunca lo había visto así, menos aún en los últimos tiempos, inmerso en un estado de íntima melancolía. Se protegió entre las plantas mientras lo escuchaba gritar en el idioma de los centauros. Después, Quirón se detuvo ante él, agitado todavía, gritando con ira que la vida de ese anciano era inconcebible. Así como una vez le había dicho que era su deber combatir los males que apartaban a la vida de su curso natural, también era imprescindible hacerlo con los que la prolongaban innecesariamente.

—Les está prohibido a los hombres imitar a los inmortales —dijo finalmente.

El joven había aprendido esto al morir sus padres, pero ahora se daba cuenta de lo que desde entonces lo inquietaba: la idea de que aún podrían estar vivos si él los hubiese cuidado con su conocimiento. Pero

temas que el novelista despiadado podría ordeñar y, palabrerío vacío mediante, surtir dos o tres novelas.

Ahora ante el fin y un alto a la máquina, imagino las alegrías de otro mundo laberíntico, el real. Pienso en la no existencia, acerco tales espinas, esos clavos de Cristo, esa reducción sexual de Belcebú, su metamorfosis al terreno del Mefistófeles inconcluso, disimulado en minotauros y campesinos, sirviente de los demás. Acepto que somos razonables en esperar el olvido sutil y necesario. Asimismo reconsidero la nada en que ha sido inmerso Pérez Loid, en lo que fue y pudo haber sido, y en lo bastante que lo despreciamos con nuestra indiferencia, nuestra forma

de ser, consciente y vívida, rodeada de oropeles. Pérez Loid no ha sido reconocido, pues para el reconocimiento es necesario más suerte que genio, y la suerte le fue adversa. De otra forma, más feliz quizá, estaría en pilotes en las grandes librerías, y todos lo tendríamos al alcance como un célebre “mejor vendido” y “aporte cultural” innegable. Y en cierta forma hasta sostendría la industria editorial, siempre al borde la quiebra.

Pero, aunque la miseria material al parecer asoló su vida, fue un vaticinador, junto al divino marqués de Sade, de las alegres costumbres que irían a dominar el siglo XXI.

© TARIK CARSON, 2009.

TARIK CARSON DA SILVA
(República Oriental del Uruguay —Rivera, 1958—)

Radicado en Buenos Aires (República Argentina), escribió los libros de cuentos *El hombre olvidado* (Montevideo, Géminis, 1973), que incluyó la versión original de este relato, y *El corazón reversible* (Montevideo, Monte Sexto, 1986), así como las novelas *Una pequeña soledad* (Buenos Aires, Filofalsía, 1986), *Ganadores* (Montevideo, Proyección, 1991) y *Océanos de néctar* (Buenos Aires, Axxón, 1992). En **NM** 11 publicó su relato *El corazón reversible*.

tandas de jovencitos que se dedicaban a exacerbarse en un cuerpo que se había tornado albino. Molesta revelarlo: debajo del falo tenía la vulva. Y eso siempre dicho y no imaginado fue, y desde entonces empezó a reducirse lo masculino y a henderse las dos partes donde la civilización bebería y se hundiría hasta el día de hoy. No proseguiré con esto, pero presumo que el cabello blanco le empezó a crecer y que el tiempo fue tan magnánimo con él que le dio el mismo pasado y el mismo futuro inverso desde el vórtice de la iluminación y circuncisión. Primero habría de ser Hermes rígido, luego Afrodita irritada, y entremedio todas esas imágenes del Minotauro ambiguo y fabuloso.

Pérez Loid declara que desde el instante en que el hombre se acerca a esa cima que citaba Víctor Hugo las cosas se transfiguran y el homosexual, en tal caso, se ve liberado, puede vagar por las calles, hasta prostituirse cuando se convierta en moda y necesite dinero para saciar sus pequeños jardines. Es duro —por el viejo condicionamiento— aceptar este mundo como hecho literario, pero no está en mi intención la insistencia para que el insensible lo sienta, o no lo sienta. La incompreensión adolece de cierta popularidad.

Por instinto de comparación, recuerdo la analogía de Pérez con Heródoto de Halicarnaso, en esa indistinción entre lo real y lo fabuloso y legendario. Desafortunadamente, no he podido leer los escritos de Hermes Trismegisto, ni su confundida relación con el dios egipcio Thot, pero

deduzco que es inevitable la influencia en Pérez de alguna lectura de éstas, pues viste a Belcebú, no ya como una bestia amarillenta, sino como un beato con sandalias, sombrero alado y caduceo.

Como señalé al principio, es innatural que se atribuya la defensa homosexual, o de algo concreto, a este libro que llamaría por preferencia y brevedad *Belcebú circuncidado*. Coexisten otros tantos atributos, por lo que no es justo encasillarlo solamente con tópicos escabrosos o francamente escatológicos.

Respecto al estilo en que están narrados todas las notas y el libro, no hay mucho que agregar. La palabra sirve sólo al fondo, las repeticiones se suceden sin problema alguno del narrador, y llega un momento en que uno, cautivado por el devenir de los hechos, no percibe la ruptura de los condicionamientos técnicos. Es indudable que este escritor cometía errores con gusto, como para desencantar a los que esperaban una cosa “bien hecha” (aunque sea la mejor disculpa para el chambón criollo). En fin, se servía de las palabras de cualquier forma, se negaba casi a escribir algo común con palabras bellas. Creo ver en ello que lo singular debía ser la idea. En el fondo, acaso ese capricho reste a veces atractivo a la lectura de esas fantasías abstrusas. No se puede hablar de unidad, ni de riqueza o particularidad metafórica, o idiomática. Lo que se encuentra abruptamente es su realidad íntegra, económica en su forma, profusa e inspiradora en su fondo; pues gastó en crónicas más bien breves

ya nada era posible hacer, y le resultaba doloroso.

Le habló a Quirón como jamás se había atrevido a hacerlo antes.

—Si es un mal acercarse a la inmortalidad, también lo es para los semidioses. Ustedes no son dioses, ni hombres, ni animales, sino una parte de cada uno.

Quirón escuchó el desafío de su discípulo, pero nada contestó. Se dio vuelta para regresar al lago y se hundió en las aguas hacia la orilla oscura del bosque.

Los seres intermedios estaban extinguiéndose. Los hombres tampoco tenían confianza ya en el poder divino. Eran tiempos diferentes a los de la época dorada. Él sabía que a pesar de los beneficios de su arte, los hombres habían dejado de adorar a los dioses. Vivían atentos a su propia vida y se aislaban con sus familias luego de ser curados. Eran agradecidos con él y sus alumnos, pero rara vez iban a los templos.

Algún tiempo después, durante el que no volvió a ver a Quirón, lo llamaron desde la isla del anciano. Los mensajeros le dijeron que el viejo estaba muy enfermo y que lo mandaba buscar. Cuando llegó, lo encontró con una herida en el pecho.

—Se me va el alma por este hueco en el cuerpo —gimió el anciano cuando él llegó. Apoyó la cabeza en su brazo y dijo que Quirón lo había herido. Por la lealtad que unía al médico con el centauro, había querido decirselo él mismo.

Quirón subió una noche a la montaña, con el lomo cubierto de sudor y

una mirada de odio. Se había erguido en sus patas traseras, desbocado y gritando con un aire inconfundible de ira exacerbada. Luego sacó un puñal que llevaba atado a la espalda y lo arrojó contra el anciano. El viejo aseguró no haber sentido dolor al principio, mientras veía la expresión desolada del centauro, y escuchándolo decir, antes de irse, que nadie podía desafiar a los inmortales.

—Parece tener la necesidad de recuperar el favor divino desesperadamente —dijo el viejo, justo antes de morir.

Aunque intentó curar la herida, con todos los métodos que conocía, ese cuerpo, a pesar de sus incontables años, también había resultado ser mortal.

Dejó que sus ayudantes se encargaran del anciano y regresó al valle. Estaba anocheciendo y fue directamente hacia el bosque donde vivía el centauro. La niebla se había hecho densa a la mitad del lago, pero siguió remando sin temblor hasta llegar a la otra orilla. Nunca había estado allí. El bosque parecía más impenetrable cuando la luna se ocultaba. Había ojos centelleantes en las sombras; una helada brisa movía las hojas y rozaba su cuello. Mirando hacia arriba en busca de la luna, pudo verla filtrándose entre las ramas altas.

Poco después descubrió la choza. Le resultó extraño que Quirón viviese en una construcción humana, en la que podía verse luz de sebo y percibirse el aroma de la comida reciente. Acercándose con precaución, se asomó a una de las ventanas.

No tuvo tiempo de preguntarse qué era lo que estaba viendo antes de sentir los brazos del centauro alrededor del cuello. Creyó perder el sentido por un instante, pero en seguida se vio liberado. Quirón no gritaba ni parecía enfurecido. Solamente fijó su mirada condenatoria en él, preguntando la causa de que estuviese en sus dominios sin permiso.

El maestro le dijo con aspereza que el anciano había muerto. Entonces el centauro, como única respuesta, miró hacia la ventana, y otra vez la antigua expresión de tristeza ensombreció su rostro. Las patas delanteras comenzaron a cojear y su torso humano se dobló sobre el cuerpo equino. La cola se escondía entre las ancas; el pelo brillaba con la luz de la luna.

—Hice todo por complacer a los Dioses, pero no me han devuelto a la que yo más deseaba.

Su voz se deshizo como el viento contra los árboles. Hizo sentar a su discípulo sobre una roca y comenzó a hablarle de su amante, de su belleza, de cómo ella, en los lejanos tiempos, lo acompañaba en el bosque buscando especias. Entre ambos habían curado las enfermedades de los seres inferiores. Los dioses se habían mostrado satisfechos al verse más adorados por los humanos. Pero fue en esa época cuando

hallaron una sustancia extraña en la savia de viejos árboles extintos en otros bosques, que tenía un efecto reversible sobre la muerte. Había llegado que algunos hombres volviesen a la vida. Cuando los dioses lo supieron, destruyeron los antiguos árboles y mataron a su amante para castigar el desafío de Quirón. La ahogaron en el lago, de donde él rescató su cuerpo.

Y aun entonces no pudo hacer otra cosa más que continuar desafiándolos.

—Ellos le quitaron la vida —dijo Quirón—. Pero yo interrumpí el proceso de su muerte.

Durante días intentó reanimarla y, cuando finalmente ella comenzó a moverse, el cuerpo se detuvo para repetir los mismos gestos una y otra vez. Pero nada nuevo había aprendido ella desde aquel día, algo diferente que por lo menos le ofreciese a él la sensación de que no todo estaba acabado. Esto era lo único que Quirón seguía esperando.

El viejo centauro entró a la choza. Él miró por la ventana una última vez y vio el cadáver de una humana, carcomido por insectos que zumbaban a su alrededor, llevando entre sus manos de hueso una fuente de frutas frescas para Quirón.

© RICARDO CURCI, 2009.

RICARDO CURCI
(Argentina —Morón, Buenos Aires, 1968—)

Médico y anatomista, editó los libros de cuentos *Los Casas* (2004) y *Los seres intermedios* (2007). Publicó en las revistas **Otras puertas**, **Cuásar**, **Casa de las Américas**, **Axxón**, **Mi Natura** y **Decires**. Ganó, entre otros, el premio Fundación Ciudad de Arena de Literarura Fantástica (2005).

Belcebú, en el cuerpo del Mino-tauro, sin tiempo o concepto de él, va adquiriendo los vicios y transmitiéndolos a sus hermanos, los humanos, por la fuerza o la persuasión. Se prefiere el vicio a la nada. Aunque sufren en el momento de la abstención, ésta les sirve para recapacitar y para aprender intensamente lo que brinda el llamado *mal*, esa significación borrosa, en vista de la imparcialidad del bien. No define los vicios, pero presumo que no se trata de alcohol o las drogas comunes, sino de drogas mucho más elevadas que las conocidas. Tras la pederastia, mínima culpa como hoy sería el fumar, estarían el LSD, ya descubierto entonces, y en el primer grado, y los límites superiores, no son conjeturables.

En ese mundo turbio el acoplamiento entre pares es patrocinado por encima de lo normal conocido por nosotros; el casamiento se lleva a cabo cuando son más de dos los cónyuges (de dos resulta estúpido): dado que todo es lícito, nada es ilícito, con tal de que no se ocasionen excesivos daños a los demás. El dolor se lo puede aplicar uno mismo; a los demás es algo reprochable, que jamás se dio como natural, aunque después creció como un deporte de reyes. La muerte es la poción total. La represión solamente existe cuando se trata de contagios venéreos (comprobamos así que los gérmenes ya existían desde que Adán rompió el himen de Eva), y en el caso del contagio de hombre a hombre, cuando los microbios encuentran mejor ambiente, la ley suele borrar a contagiador y contagiado. La ley “natural”, ni escrita ni

dicha, dicta, y posee el principio tácito que Rousseau habría blandir miles de años después del nacimiento de nuestro tiempo: “Lo natural es bueno” y “El salvaje es bonachón por naturaleza”.

Al leer el libro, hace años, me inquietó cierta náusea por los aspectos sexuales que borboteaban desde la primera página. Recordé a Tolstoy y su impugnación a los temas atra-yentes de público fácil. Por eso dejé acaso de leerlo, sin acordarme o siquiera pensar que puede haber más de una manera de ver las apariencias y que por la primera página no se puede juzgar un libro. Hoy he leído con detenimiento tres veces el texto y, si no estoy desencaminado, presiento que hay algo más de lo que aparece. Me felicito por haber comprado aquel sábado el diario, y quisiera hablar con ese A. F. sobre sus motivaciones —tal vez las mismas de este escrito— para sacar aquel informe casi sin receptores.

En el transcurrir ya desbocado, que parece no preocupar a esos seres, Belcebú solicita la circuncisión. Y los sacerdotes dedicados a tales menesteres descubrieron el primer andrógino de avanzada existencia. Lo tuvieron que afeitar; lo hicieron sin anestesia y el círculo de piel morena y arrugada, desecada luego, fue investido en la cúpula mayor de un santuario a los pies del Everest, donde no llegarán las aguas de las caídas lunares. El adefesio (a veces travestido en Minotauro, a veces en corpulento campesino) dejó de poseer poderes extrahumanos y ocupó el santuario, adonde lo iban a visitar

de la vida no tiene límites inexorables, por lo que el tiempo casi no transcurre para los humanos. Éstos se estancan a los treinta o cuarenta años; durante un período de seis lunas poseen poderes para fecundar. La muerte rige para los demás seres y para la naturaleza (estas particularidades son necesarias a Pérez para dar verosimilitud a la narración). No existe la autoridad; la acracia es tácita, y ni siquiera tienen noción de que es tal. La superpoblación —limitada por el ínfimo procrear, pues no saben cuándo vendrá— se resuelve por la ley no escrita de que el que se compromete con cambios puede ser sustraído de la vida sin juicio. Los seres y la naturaleza son de dimensiones asombrosas; en el cielo deambulan tres lunas, una en extremo grande y cercana. Las aguas ascienden y descienden continuamente, así como los recién nacidos tendrán luego más volumen que sus padres. En el tiempo del relato se notan diferencias mayúsculas. Muchos han perdido las orejas, el cabello casi todos, otros muestran notorios signos palmípedos en pies y manos, la mayoría carece de vello púbico, los falos y las vulvas se han uniformizado o menguado y deformado hasta lo irreconocible (no existen problemas dimensionales), la amenorrea es continua, etcétera. El intrínquilis del tiempo, ante el subir de las aguas, es problemático. La muerte está presente, pero puede no ocurrir jamás; puede ser un bálsamo o lo más espantoso, y otras pluralidades semejantes.

Tras delineación tan detallada, sólo me faltó recordar a los teori-

zantes de las cuatro lunas, o a Hierofante, y esperé en mi imaginación, por otras afluencias, el resurgimiento del Anticristo anticipado, el segundo en vista de los tres satélites. Ni me admiré de que Phobos fuera hueco y de que cien años atrás no existiera, ni de ese ser llamado Belcebú (igual que el libro inconcluso de Gurdjieff), de más de tres metros de estatura, albino, con los elementos reproductivos extremadamente desarrollados (en contrapunto con los dibujos de artistas de renombre). Pérez Loid lo inventaría como el símbolo ecuménico de las sociedades terrestres; su instinto, muerto o por morir. La hiriente mirada de Belcebú, casi siempre representado por el Minotauro, atraía a las hembras y tuvo la virtud de hacerlas aceptar su dimensión por medio de la parsimonia preparación dueña de dioses y no de hombres. Hoy sabemos, dada la capacidad de parto, por qué, de ser realidad, Belcebú lograba tales resultados que otros apresurados fueron incapaces de imitar, transformándose siempre en cornudos (menester es dejar la constancia de que todo estos detalles que llenan la vida del Minotauro producen un descenso del nivel narrativo de estas inquietantes historias). Pero el interés no se centra en estos datos fantásticos, para nosotros que creemos —aunque no creamos— que Ptolomeo, el solipsista, tenía cierta razón filosófica. Lo particular yace delante de esta especie de abstracción informalista, que yo mal creía propia de la pintura (el creer, para el que busca, es la apertura del error).

EL TIEMPO ES UN CAPRICHO QUE NOS IMPONEMOS

RICARDO G. GIORNO

La encontró de improvviso; no la buscaba.

—¿Dónde vas? —dijo el gato.

—A casa de mamá —dijo ella—.

Hace mucho que no la veo. Me exige, me exige, y no se da cuenta de que yo también soy vieja, que me cuesta salir de mi casa.

—Te llevo —dijo el gato mirando la hora en el celular—. Tengo tiempo. Paso a buscar a mi esposa a las diecisiete.

—¿En serio? —Ella lo abrazó y le dio un beso en la mejilla—. Qué lindo que sos, gatito.

En Nazca y Jonte subieron al Fiat Punto de él y enfilaron para Juan B. Justo. El tránsito caótico de la Buenos Aires moderna los atrapó.

—Esta avenida, ¡siempre el mismo quilombo! —dijo ella.

El gato la miró: no había cambiado mucho. Le dio cosa no poder verle el pelo lacio, castaño brillante, de antaño. Y el vaquero le escondía aquellas rodillas que a él tanto le gustaban.

De pronto, la cantidad de autos disminuyó.

—Che —dijo ella—, no me acuerdo de que Juan B. Justo mantenga el empedrado.

—Tenés razón; había empedrado en la época en que éramos novios. ¡Uy, mirá! ¡Un Gordini! Y qué bien mantenido; parece nuevo. Siglos sin ver uno.

Empezaron a toparse con autos que se fabricaban en su juventud. “¡Un Di Tella!”, decía él. “¡Un Rambler!”, señalaba ella.

La palanca de cambios se movió al volante. El gato se miró: vestía un Lee gastado, mocasines doble suela de Los Angelitos, una Lacoste y, lo mejor de todo, la panza había volado. Se levantó la chomba: ¡de no creer, si hasta se le notaban los músculos abdominales!

Se atrevió a mirarla: un enterizo de cordero con minifalda infartante, mocasines de Guido, aquel pelo castaño brillante, que él siempre añoró, en una melena con vida propia. La eterna sonrisa, el rojo atado de Jockey en la mano y esas rodillas ama-

das, rematando los muslos firmes, diferentes a otros muslos, pero perfectos para el gato.

Liberada del cinturón de seguridad, ella se recostó contra el hombro de él. Y él se acordó de la primera vez en que ella se había puesto así: todavía no eran novios, se había armado un bailongo de improviso y alguien puso *Here, there and everywhere*. Él le cabeceó. Cuando estuvo a su lado, la abrazó. Entonces ella cerró los ojos, apoyó la cabeza en el hombro de él y flotaron acunados por Paul.

La ciudad se hizo más baja; los dúplex desaparecieron. El gato menejaba una vez más aquel “milquiniños” Rural de su padre.

¿Qué decir en ese momento? Él dejó que ella hablara, subyugado por la energía del sortilegio que los envolvía. Paralizado por la experiencia de volver a vivir un amor que había superado cuarenta años.

¿Era verdad todo esto? ¡Y qué carajo le importaba! Sólo sabía que sucedía y que era maravilloso.

Por fin llegaron a Salguero y Güemes: la casa de la madre de ella. El barrio se le presentó igual a aquellos años mágicos.

—¿Qué fecha es hoy? —dijo él. Ella dejó de sonreír.

—Once de diciembre de mil novecientos sesenta y ocho —dijo; los ojos abiertos, como expectantes.

—¡Ah! —El gato se llevó la mano al mentón—. Entonces es el día en que debo preguntarte algo.

—¿Qué? —Ella le acarició la cara y seguía sonriendo—. ¿Qué quieres preguntarme?

¿Qué decirle? El gato se sentía de nuevo un adolescente. Las mismas mariposas en el estómago antes de tirársele a una mina. Aunque la que tenía enfrente no era cualquier mina; no, señor.

—¿Querés ser mi novia? —dijo por fin, avergonzado de ser tan pelotudo.

La sonrisa de ella se hizo más grande.

—Sí. —Y le dio un tierno beso en los labios—. Para mí nunca nos peleamos, ¿sabés, gato? Sólo dejamos de estar uno al lado del otro.

—Es cierto, yo...

Ella le apoyó un dedo en la boca, para callarlo.

—Aun sin vernos, aun lejos, aun con otras parejas, siempre que escuchaba a Los Beatles era tu novia, gato.

Se bajó y cerró la puerta.

Quedó pensativa.

Abrió la puerta. Entró, apoyó la rodilla en el asiento y le dio otro beso, aún más tierno que el anterior.

Cerró la puerta.

El gato sintió un sacudón, una corta caída en el vacío. Cerró los ojos.

Cuando los abrió, ella pasaba delante del auto. El pelo rubio recogido en una graciosa colita de caballo. Los vaqueros ajustados; el andar elegante. Se dio vuelta antes de entrar a la casa y le envió un beso.

A él se le encendió el pecho en una llamarada renovadora, única, tan única como ella. Como ahora estaba ella.

El gato puso primera, gozosamente otra vez en el presente.

tres hojas que jamás se publicarán. Allí Pérez describe su primer encuentro con un intelectual que él había visto varias veces desnudo en un club deportivo. Se hicieron amigos y percibió enseguida la tendencia de aquel hombre a una especie oscura de masoquismo-sadismo. Pérez Loid esperaba algo así para entregarse y redimirse, y se condolece de ello (hecho en extremo inquietante y en cierta forma descarado). Al parecer, él había imaginado que tendría que ocurrir. Algo nauseabundantemente describe el falo de ese hombre; se detiene más de lo necesario en mostrar su espesor, sus venas y la extremada anchura del glande descubierto y rosado, que lo hizo sospechar hebreo auténtico, aunque el hombre no lo era y se llamaba Coleman. La conjunción, confiesa sin equívocos, se reveló antes de lo esperado. Pese a su aspecto masculino, el nuevo amigo no se hizo rogar. Pérez aprovechó la ocasión para verificar su tesis de que el macho tiene algo de homosexual, que un mero empujón lo revierte, y que las dificultades en la niñez —y con el otro sexo, y tal vez la soledad irremediable— solidifican esa torción vergonzante, hija del otro dios. Luego de esta blasfemia se arrepiente, pues ni el mal ni el bien tendrían que lidiar con ese vicio de “almas delicadas”. En fin, a diario Pérez Loid concurría a la casa del intelectual y leían la Biblia, el Corán, el Baghavad Gita, textos rosacruces, masónicos, de la Sociedad Duk Duk, de los psicólogos Haidi, los hermanos masones, o la cofradía del Sendero Izquierdo. Poseían similitud de gustos. Un día Pé-

rez lo castigó en el pubis con una goma (no descripta), y entonces el hombre rompió el cordón secreto y con gran decisión lo redimió. Nuestro personaje resultó muy dañado y tuvo que humillarse ante un médico. A los pocos días volvió ya mejorado, devolvió el castigo, acopló a su vez, descubriendo que no era el primero, pues su par, con flema y coraje, sobrellevó la brutalidad que conlleva. Omitiré, como gesto hacia el lector, la descripción del preludio erótico que se desencadenó, la utilización que hicieron de los cuerpos ante todos los recursos del instinto más pretérito y oculto.

No abro opinión sobre esta etapa, acaso la más expresiva, quizá falsa y por demás abyecta para nuestra sensibilidad, que es la muestra de la expulsión de algo que lo atormentó y antes jamás pudo realizar por los prejuicios sociales que lo maniataban. Pues parece que escribir es una manera de desencadenarse, a veces de vengarse sutil y secretamente. Esta podría ser otra de las interpretaciones sobre este hombre extravagante.

Ahora expondré los fundamentos del libro, más al alcance que el deshojado cuaderno. La tapa azul lleva una especie de unicornio o lo que podría ser un unicornio (e ignoro las sugerencias del azul). Este dibujo lo hizo él mismo. Se notan ciertas influencias chinas en su pensamiento literario, o una similitud, grande y casual, con las fábulas morales que van de Han Yu y Sing Chu a La Fontaine. Al empezar la lectura debe uno hacerse a la idea de un mundo don-

su idea fija hacia el nacimiento de la circuncisión. Afirmo haber descubierto que Jesús no fue circuncidado jamás, que el primero de año se debe a la simulación (así como todas las otras fechas) y que María no era ninguna virgen y tuvo suficiente piedad (una piedad ajena al judaísmo) para no permitir que le emascularan al hijo; aunque, supongo, tampoco sería por este ínfimo sacrificio.

Da a entender que en el Tibet saben más sobre Cristo que la hermandad papal que oculta mucho más que los Manuscritos del Mar Muerto, que revertirían toda la creencia, dejándola en una broma hartamente fastidiosa. Sugiere, además, que Jesús no era humano, sino extraterrestre (lugar común hoy), y que tenía otro sentido sobre la vida y deseaba aunar y contagiar a todos por el bien de su mundo. Por eso dio batalla por su poder, o puesto al del otro dios. Cuando se desengañó, murió: tenía paciencia limitada; quizá no era más que un soldado de esa mitad cumpliendo una misión ya acabada. Sus discípulos no eran más que unos atorrantes y estaban bajo el influjo de su poderío mental de dominio sobre las cosas, etcétera. Judas lo traicionó por orden suya. En realidad, Cristo se dejó borrar cansado de los gamberros terráneos, y además, habiendo sembrado el mito y el cálculo exacto de su hipérbole histórica. Al fin, no fue más que un espíritu dejado (como nosotros dejamos desinfectantes en un leprosario) por los ovnis —que por momentos, al parecer, se asemejan a estrellas—. Tal vez aún los señores no hayan vuelto del viaje a las gala-

xias a recoger la siembra, y entonces quizá sabríamos bastante más. Proyección de tales posibilidades, que quita ridículo a la teoría, es el hallazgo del profético *Vishnu Purana* tántrico y la misteriosa montaña vibradora de los Cuatro Ciclos, al pie de la cual Pérez afirmó haber vivido durante años.

Ahora bien, sobre el insignificante tema de la emasculación peneana, Pérez se pierde en el enredo de ideas ambiguas para devenir en ese relato que es una recreación de Belcebú, su impar operación y hermafroditismo. No se saca de la cabeza que el género humano ha seguido a Belcebú, que éste quizá fue Barrabás, un símbolo tan viejo como el tiempo, que apareció para anular la Gestión, enviado por las fuerzas oscuras de la otra parte del todo. Así reconoce que el salvador no fue otro que la contraparte necesaria de Belcebú, príncipe de demonios, enjuague de filisteos, felpudo de Saúl y David, y otros denominadores igualmente parciales.

Con esto finaliza el cuaderno deshojado que pude obtener. Restan algunas cuartillas que parecen intentos de ficción, profusas en actos inconcebibles y fechas y datos ciertos. Solamente tres hojas están numeradas, pero la primera no lleva título, ni siquiera guión, de manera que no pude inferir si allí empezó y habría más, o si fue sólo eso, pues numeraba las páginas, al parecer, con cortos signos irreconocibles.

Me detendré en otro punto para narrar, con las omisiones que exige la censura social, el caso de esas

Antes de doblar por Güemes se dio cuenta de que el viaje en el tiempo era posible. No se necesitaban costosas maquinarias, ni energías increíbles, ni ridículas teorías. Sólo bas-

taban dos corazones latiendo al unísono.

¿FIN?

© RICARDO G. GIORNO, 2009.



RICARDO GERMÁN GIORNO
(Argentina —Buenos Aires, 1952—)

Colaborador desde el inicio y amigo, en **NM** ha publicado *Sólo trabajo* (# 1), *Gómez y Ricuti* (# 3), *Las moscas son las primeras en darse cuenta* (# 5), *¡Oh, el fútbol!* (# 8), *Quemar a Madre* (# 10) y *Dolores que se pasan* (# 12).

“VANITÆ VANITATUM”

ADRIÁN N. ESCUDERO

A la **Concupiscencia** del mundo, in *memóriam*...

Y el que estaba sentado en el trono dijo a su Predilecto: “Yo hago nuevas todas las cosas”...

Y el que estaba de pie como una “piedra (a la) que los constructores rechazaron” advirtió:
“Ahora ha llegado el Juicio de este mundo, ahora el Príncipe de este mundo
[será arrojado afuera;
y cuando Yo sea levantado en Alto sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí”...

El viento

Tal vez las espigas de sol del primer día del año abatiendo los muros parroquiales después de aquellas nubes grises...

O esa humedad sarmentosa que los devora con su carga de prístinas reminiscencias. O el chillido amanecido de las crías de pájaros que anidan los desniveles superiores del templo. Tal vez el viento acosando la cruz y preanunciando a lo lejos el furor de una tormenta. O alguien que, a escondidas, batiere alas... Pero sólo las campanas logran despertarlo y, por un momento, la pesadilla se aleja.

El padre Juan tiene los ojos atados por la noche, y huele y resopla la pesadez del silencio esquinado en su austero recinto de cura párroco. Es un hombre viejo. Y el desierto cobrizo que arrasa su cabeza somnolienta y molesta por ese calor que agobia y anula los sentidos se agita cuando unas voces metálicas resuenan

claramente en sus oídos. Luego, un destello de luz le desata los párpados y le ilumina el rostro; rostro de hombre trajinado por la vida.

Pero la claridad es lúgubre todavía. Se muestra destañada en el opaco mobiliario de la habitación. Y es lenta su mirada al recorrer la realidad mientras intenta despojarse de las páginas difusas que, en forma de imágenes dantescas escribieron aquel sueño horrible.

Entonces, se incorpora. Con senil morosidad permanece largo rato pensativo, sentado en su cama; los pies, desnudos, aliviados por la brisa que sisea bajo la puerta y se aplana, fugaz, dentro del cuarto. Y el sudor que se derrama en sus sienes doloridas no es sino la incierta, atroz melancolía que desplaza a la fe...

En el templo, los últimos quejidos del bronce embeben sus paredes con un nuevo aliento, haciendo vibrar el sagrario extrañamente.

Afuera, el cielo de hojalata ha comenzado a herrumbrarse y el silencio se enseñoorea sobre la ciudad.

en sí mismo el alma indivisa y vagante de Zeus, testafarro de los ocultos dioses mandarines. Para ello, ya iniciado teutón, con alguna relación hebrea, vociferó vibrando cuando el imán de la gruta anunció el torrente sobrenatural que se apoderaba de la carne. El Hermano Mayor interrogó al desgraciado y éste confesó por mandato de Zeus, según parece. Del cuerpo tremebundo huía un fétido olor a cascos quemados, sangre de los poros, excrementos del ano, y meaba tan ácido que marcó las rocas de la cueva. Un fuerte viento apagó las velas, desgarró las túnicas de la Hermandad y se llevó al pobre hombre, y nadie supo si Zeus lo desocupó o no. Según la declaración de éste, en el purgatorio Alejandro fue condenado a encontrar, encarnado en un mendigo, el nudo o lo que restara de él, así fueran cenizas, y luego, vagando de Gordión a los límites de Macedonia y de acá a Gordión, debía reconstruir los hilos y el nudo hasta un símil perfecto, para que una noche resurgiera junto al yugo, en la ciudad, y los tiempos pasados volvieran.

De estas aventuradas ideas que no me dispusieron a la negativa, resta sólo esto. En ese preciado cuaderno escrito con letras grandes, alguien (tal vez para encender una lámpara) despilfarró historias que quizá ningún americano narró. Carecería de sentido común interpretar estos hechos como históricos, pero no podrá saber nadie de dónde extrajo Pérez Loid esas franjas imaginativas mezcladas de oscurantismo y mitología.

Después de esos escritos, hay cinco páginas llenas de confusas ope-

raciones algebraicas, se ven dibujos ambiguos, piramidales, circunscriptos, y dentro zetas; abajo, varios nombres de mayor a menor. En una hoja siguiente se ve media esfera con un hombreco en el interior. Conjeturo que su tendencia literaria lo hacía imaginarse un libro con esas características, ya que debajo de esa parte de esfera está su nombre, pero no Pérez Loid sino Péres Lloyd. Posiblemente este Lloyd le parecía más distinguido, exótico; tal vez recordaba una descendencia vikinga o una vana palabra *Lord* con algo del “pueblo elegido”. Respecto a la esfera, no sé si asociarla a Zenón, o a Giordano Bruno, o a redondeces del mismo Pérez. Tras esos ensayos de carátulas, sigue la confesión de su temor ante los fenómenos espiritistas y revela sus intenciones de burla al ingresar a la Hermandad Teutónica o al leer a Alan Kardec, y notar que había algo detrás que podía costarle más de lo querido. No buscaba sino una aureola, que no pudo conformar en ningún relato, y se había topado con un saldo tiránico y peligroso.

Existe después un hueco temporal, no sé por qué causa, y la documentación retorna en Herat, luego en Kandahar. Me costó un tiempo en bibliotecas situar estas ciudades rastreando los nombres antiguos del cuaderno. Sin duda, perseguía el trayecto de los conquistadores griegos, pues inserta una descripción de unos desfiladeros que no pueden dejar de ser las Puertas Persas que conducen a Persépolis.

Entre lo último que pude extraer del legajo de hojas amarillentas fue

científica y de falso ocultismo. Es natural que si cometió el error de pregonar sus pensamientos en el momento de la guerra, se suicidó frente a los intelectuales. Vocear las ideas de Hörbiger, me parece, significaba vocear a Hitler. Aun hoy Hörbiger es vituperado por sus respaldos políticos y su sentido totalitario de la ciencia, pero nadie recuerda su imaginación, ni el fabuloso remozamiento fantástico que representó para captores como Pérez. Es muy probable que ésa haya sido la lápida de su carrera literaria.

De todas formas, llegó a la Mesopotamia. Subió el Tigris y desembarcó en Mosul, cruzó el río y estuvo sobre las ruinas de Nínive. No aclara cómo se reunió, ni por qué, con los hermanos mayores de la Orden Teutónica, quienes, en un acto sin sentido, lo iniciaron circuncidándolo en vivo. Narra que de ese pesar se le apareció Darío Codomano confesándole un luctuoso sueño, más o menos así. Luego de sometida Ecbatana por Alejandro, Darío es presa en un extraño sopor y sueña que cuatro centauros se presentan con una doncella, enviados del último dios. Le exigen matar a su único hijo, Darío IV, y servirlo asado. De esa manera se transformaría Alejandro en un sueño y ese sueño primero en realidad y Darío sería nuevamente el inviolado gran persa. Así fue satisfecha la voluntad de los centauros. Dentro del mismo sueño reseña que soñó despertarse y confundir una realidad anodina —no la derrota— con aquel horrible sueño. Eran sueños dentro de sueños. Entonces distinguió a los gale-

nos rodeando su lecho de oro, al pueblo clamando bajo los balcones y a la doncella del sueño hincada besándole la mano. No lo recordó, pero sintió que había muerto su hijo, que el pesar lo había sumergido en aquel sopor, que el sopor volvía y se prodigaban las imágenes. Cuando realmente despertó vio el rostro de la hija de Besso y la identificó con la doncella de los centauros, luego la desconocida sustituta de su hijo. Fue ella quien le dio muerte al verse violada, y no el inculpado Besso, que huyó, fue capturado por Alejandro, entregado (para la elaboración de una más eficiente demagogia) y luego descuartizado por los parientes de Darío. Y la doncella, que al despertar y al asesinar fue hija de hombre, desapareció como si no hubiera existido.

Es sugerente ese sueño, quizá imaginado por Pérez Loid, aunque nadie puede determinar que no fue realidad. Preñado de sugerencias, creyendo sólo él en ello, le sirve para su justificación de insospechadas civilizaciones, improbables hechos, resurgimientos atlánticos y demás acontecimientos abultados.

Luego estuvo en Arbela, donde presencié una transmigración que le reveló que los restos del Nudo Gordiano yacían custodiados por el espíritu de Zeus, aún a la espera de Alejandro. El poseso en trance era un ex druso que había abjurado de su religión y huyó a las ruinas de Persépolis, donde soñó la trayectoria del célebre símbolo. Desde allí, su recurrente obsesión fue el esclarecimiento de aquel mito. Se prestó a encarnar

Sí, tal vez el viento. Por lo demás, un primo amanecer de enero, semejante a todos, pero gris, con un sol de esporas huecas luchando vanamente por imponer su brillo a una noche empeñada por no desfallecer.

El padre Juan recoge todo ese árido silencio en sus pulmones, lo sintetiza y exhala como vida. “Un nuevo año...”, reflexiona, y sus dificultades se arrojan en un bostezo prolongado.

Sonríe tontamente. De pronto, su rostro se endurece al retomar la seriedad del temperamento que lo abraza, y es elástico su cuerpo al ponerse de pie. Se dirige al lavabo. “Sueño bravo. Celeste...”, y la piel se le eriza contradiciendo la humedad calurosa del ambiente. “¡Dios! ¿Y, por qué no hoy?”, piensa e irrumpe en carcajadas. Sin embargo, a pesar de la implacable ironía de sus pensamientos, no se engaña: tiene la piel blanca y en surcos de sangre crecen como hongos los escalofríos de su perplejidad. “Extraños circunloquios los de la mente”, reflexiona. “Seguro, a la larga, la tarea de leer y contemplar los Misterios lo condiciona a uno; al final y, en cierto modo, tiene que hacerlo”, afirma en busca del burlado equilibrio. Pero, ¿no tenía ya setenta y dos años?, ¿y cuántas veces su espíritu había sido, como en este caso, secretamente desbordado? Así, de súbito, la Gran Visión; como onírico arrebató de una forma de pensar por siempre lógica y coherente, extrapolada hacia lo desconocido por la mano firme de una redentora Parusia...

Aunque sólo fuera un preanuncio de otro áspero año de trabajo. Sí; a su edad, el proyecto de consolidar la edificación del templo de la antigua capilla de Santa Lucía costaría muchos esfuerzos. Similares a los que le habían permitido levantar esa necesaria, enorme Casa para Nuestra Señora de la Merced. Formar las comisiones de trabajo, encontrar a los más inteligentes y voluntariosos, incentivarlos con la propia conducta, recolectar fondos, etcétera, pero sin soslayar por un instante, siquiera, su labor más importante: educar en la Fe.

La vieja Goya

Felizmente, su espíritu recupera la acostumbrada alegría y, tras el gorgoroteo dentífrico, desentona una canción litúrgica. Sus manos gruesas y napolitanas abanicán la toalla bordada por la vieja Goya (vieja, respetuosamente; vieja como él, caramba...), y es como un chico transformado en ángel repartiendo mandobles de misericordia y gracia contra la maldad del mundo. Eso, hasta que un rayo quiebra el espacio de su espejo-maravilla, hiere una de sus alas y lo descarga entre santos improprios sobre el suelo, en singular posición. Es hora de regularizar el estómago.

Y la vieja Goya es el rayo que lo ha devuelto a viejo, impidiéndole jugar...

Ha entrado a la casa muy temprano, como en día hábil, para ayudarlo en lo doméstico, a fin de que él pueda abocarse a preparar según su

costumbre, metódica y puntillosamente, los alcances de sus servicios presbiterales.

“Padre, ¿está bien? Buen día...”, susurra melosa la doña, toda humilde ella y arrugada. “Le traigo unas tortillas para el desayuno. Como en el barrio estaba todo cerrado, se las hice yo nomás”, aclara servicial y por nada pedante en medio de su bendita ignorancia.

Son sus últimas palabras, claro, antes de irse para arriba.

“Gracias, Goya. Buen día. En seguida estoy con usted”, responde amable, casi candoroso. Y quizá por haberlo dicho, o porque tiene que suceder así, cuando ya su cara habita el espejo y navaja en mano ha empezado a escamotear la delgada pelambre que asoma en su piel, escucha las campanas nuevamente sonar... Con arrebatado de diablos, sonar. Como azotadas por una tormenta, sonar. Aunque afuera estuviere calmo pero con un cielo de hojalata herrumbriéndose y una vieja buena y presa de horror volare hacia las nubes gritando “¡Socorro!”, sin saber por qué...

“Cura exagerado”, opina un vecino. “Tocar las campanas así, a las siete menos cuarto de un día como hoy. Mujer, ¿ese cura está loco o el reloj anda mal?”.

Y, cura loco o profeta, lo cierto es que Juan, ensimismado, pierde elegancia cuando, arrojando máquina de afeitar y toalla y sandalias, y hasta pantalones a punto de calzar, abre la puerta, sale a la calle, y ve a la doña, que desde hace treinta años lo sirve, volar...

Como un paraguas, abierta de polleras, rectamente al cielo, volar...

Sara

Un fuego gris estalla en su cabeza cuando gana la esquina, todavía confuso en sus reacciones. Sara es un monstruo que chilla y gime, toda llorosa y aterrada por la incómoda situación. Es ella quien lo ha precipitado otra vez al mundo hostil y acomodado, en busca de auxilio; embriagado aún por el sopor del sueño, atormentada su mente por las burlas de que ha sido objeto hasta esa madrugada en que, por fin, decidieron irse todos y dejarlo solo. Con su manera simple de mirar la vida. Aunque Sara pretendiera estar allí, con él. Una sombra de colores y olores fastuosos. Nada más. (*Juan también, en su vientre, es una sombra; una sombra onírica y movediza, de ensueños inquisitivos*).

Claro que nadie se ha dado cuenta. Menos aún aquellos entrometidos que profanaron su fin de año al grito de: “¡Eh, burgués! ¡Sacúdete!”, y enlodaron los mosaicos nuevos y brillantes, y se arrellanaron en los sofás artesanales —ocultando sus verdaderas intenciones tras una cortina incesante de humo importado—, y quemaron la moqueta, vaciaron el barcito —más de su señora dama que de él, que con un poco de gaseosa estaba agradecido—, comieron bocaditos de caviar —que, ojalá o al menos, hubiera preparado ella—, envidiaron sus cuadros de bohemio tocado por la fama —pero só-

Tal vez por un presentimiento, o acaso por la analogía del hombre con aquel *Enoch Soames* de Max Beerthom, proseguí pensando en esa vida patética, hasta que dos meses después hurgué en la biblioteca y encontré el librito azul ostentador de ese singular título y sospechoso subtítulo.

Me puse a leerlo con curiosidad no acechada por un sentimiento de pérdida de tiempo, implicada con aquel “no hay profeta en su tierra”. No había leído nunca algo con esa técnica que mezcla y trastoca épocas, lugares, ciencias, ficción, personajes y sucesos históricos. No vaciló, así, en ubicar a Napoleón con Torquemaada, a Ramsés III con Dantón, ni en situar a Benarés a orillas del Níger, a éste afluyendo en el Michigan, a los lamas en Montevideo o los charrúas en París. Todo se aúna arbitrariamente al servicio de su voluntad ubicua, indefinible, improcedente. Se puede suponer, sin profundizar, que la intención es una defensa de la homosexualidad, su justificación estética, lo que no deja de ser un mero adorno. De la lectura se recibe una sorpresa extraña, cercana a la vez, y se desconfía si ello es obra de un loco o una creación difícil de valorar (y sé cómo suena acá el término *creación* en el lugar de insania).

No puedo descubrir si Pérez Loid supo mucho de historia, si leyó a los filósofos orientales, a los latinos, pues sus parientes han tirado la mayoría de sus notas. Cuando fui a su casa, hoy ocupada por su primo, éste me dijo que aquél había despilfarrado la herencia en ese irracional viaje por

Oriente en busca de la civilización perdida, del primer homosexual, de la fuente soñada por Ponce de León, o un sustitutivo casi seguro de ésta. Me dijo, además, que anteriormente un hombre le pagó por un montón de manuscritos, que algunos restaban y que los utilizaba para avivar la estufa o secar el piso —es irónico esto—. Le di unos pesos y rescaté un cuaderno deshojado y ocho o diez cuartillas sucias de sebo de vela.

Así, por esos escritos, pude saber que partió de Montevideo en un barco cisterna hacia Kuwait. Al principio del cuaderno encontré un lamentito por esa ruta, pues deseaba desembarcar en Mombasa o Merka para llegar hasta la tierra de los kiridis, que sospechaba la más antigua desde la caída de la “tercera luna” y el diluvio. (No me explico cómo planeaba, sin dinero, atravesar más de dos mil kilómetros montañosos y selváticos y llegar a Chad). Para él esta teoría era irrefutable, como sería otra al día siguiente. Cita a Hörbiger, a Gurdjieff; posee en la mente un nudo de mundos helados y candentes, de mundos cóncavos dentro de la roca universal, de lunas diversas, de cielos superpuestos, y hasta llega a tener por innegable a la Tierra como un átomo con su luna. Es preciso aceptar que su instinto lo arrastraba a definir esas teorías como verídicas; tal vez su excentricidad lo hacía así, y su inigualable gusto y sentido por la fantasía sin límites ni racionalidad.

Ahora, de este decurso, creo discernir por qué no tuvo suerte alguna, no con sus teorías nada fundadas, sino con su obra de ficción pseudo-

INFERENCIAS SOBRE PÉREZ LOID

TARIK CARSON

Murió Pérez Loid. A nadie apenó el hecho; más aún, muchos lo ignoramos, para condolernos o no. Lo supe hace poco por un artículo póstumo aparecido en el suplemento literario de "La Nación". Allí se comentaba su obra desconocida y casi inédita, su dilatada peregrinación por el Oriente, su único libro, mitad broma, mitad repulsión fantástica, titulado *Belcebú circuncidado o en defensa del gallo*. Un tal A. F. firmaba esa exégesis. Ante el incógnito difunto el asombro no pudo mermar. La mayoría que miró tal nota quizá no sabrá jamás que fue uruguayo; y no importa.

Cuando un sábado recibí el suplemento, me llamó la atención el título del libro. Ya lo había mirado, hacía mucho, y había pensado que podía alcanzar lo grotesco, cierto triunfo o la desconsideración de costumbre. Noté, de modo crítico, que la manera de hacer el artículo era sucinta, más pomposa que precisa. Sería vano esperar más de un diario, aunque me alegré al notar que ese espacio había saltado el obsequio editorial y

el éxito, y que era en bien de una obra original —o no—, pero sólo por ella.

La existencia de ese hombre despreciado me siguió intrigando. Muchos lo conocimos años atrás; supimos de una que otra anacrónica carta suya en "Marcha", recibimos su edición de aquel libro, del cual leímos dos páginas, supongo, y lo relegamos al tiempo. Aunque supe (y hasta alguna vez temí) esas desatenciones, siempre me llevé por el desafortunado gusto esnobista de leer y comentar obras publicitadas: jamás importaba la obra en sí, sino lo que significaba socialmente, lo que traería detrás, sobre qué se apoyaba, a quién o contra quién iba dirigida.

Al parecer, Pérez Loid era orgulloso, o quizá fue negado, o carecía de amigos, o era repulsivo; no lo sé. Su texto no fue agraciado ni con el recibido del periódico más liberal: no defendía a nadie y atacaba a todos; fue pesimista, oscuro, indefinido. De ahí parte lo contradictorio y reconfortante de aquel artículo.

lo después luego de alternar en París—, proyectaron planes y aventuras inauditas —que no interesaban tanto como mejorar su arte o leer un buen libro lejos de satánicas amistades—, y que ahora dormían como tontos su alcohólica borrachera...

Pruebas, al fin y al cabo. Como el último modelo de ropa en una mujer sofisticada *versus* la bicicleta de un hombre sabio o maniático, que es lo mismo (para este mundo). Como las siete habitaciones de la casona comprada con su herencia y aprovechada por ella *versus* el estrecho cuarto donde persiste en encerrar la austeridad de una existencia violada por la desfachatez del *amiguismo*. Pruebas duras. En realidad, parece un personaje de telenovela: *Luigi Scaglioni, joven rico y famoso artista, rebelado*. Detrás, la risa de los payasos ojerosos. Por lo tanto, no existe. Es, según ellos, una gran mentira. Así dicen. Y no le preocupa. Sólo él se escucha latir... (*Y Juan lo entendería; mañana, Juan lo entendería*).

Pero, ¿y Sara? Sara ha cambiado mucho. De ella sólo queda el nombre encadenado a sus labios. Sin embargo, va a tener un hijo. Su hijo. Entonces, vale la pena correr... (*Allí fue cuando notó que sudaba*).

Luigi

Mientras lo hace, frenético, alucinado casi, recuerda aquellos tímidos encuentros con ella; escarceos amorosos de jóvenes ingenuos en busca de trascendencia. A la puerta de su Iglesia en Nápoles, a la salida de la

Facultad de Letras o del Taller de Pintura de Manzio, en los parques de abril, espantando gigantes a los niños que juegan y trepan a las máquinas y vagones detenidos por el óxido pero que relucen en la imaginación... ¿Y cómo se llama él en este juego? Se llama Luigi y huele a primavera y chapotea lluvias y ensaya guiños cómplices con Dios, experimentando siempre esa sensación de gravedad con que se mantiene el amor. Viajando en esa nube rosa que se explaya sobre el temor del mundo, plena de vigor. Y, cuando todo debía comenzar, todo acabó.

La fama no debe codearse con algunos seres, entrelazarlos con el efluvio mordaz de la gloria (*Vanitæ vanitatum et omnia vanitas*). Les hace mal. No están preparados para su roce eléctrico. Se marean y caen. Caen desde un edificio alto, tan alto que no se dan cuenta de que caen; porque tanto arriba como abajo es lo mismo, y la tierra donde se precipitan no aparece, sino para hundirlos de raíz.

¿Dejarla? Demasiado fácil. Era su cruz. Y traía un hijo por compañero inigualable. Pero ahora peligró. Y, más que ella...

A dos cuadras sigue escuchando sus gritos. Aunque nadie, excepto él, puede volver la cabeza. Son las ocho de la mañana de ese primer día del año y corre como un loco. En pijama, sandalias y torso desnudo. Por testigo, un trasnochado vecindario que pronto explotará. El eco de sus pasos hinca las veredas, golpea las ventanas y desata los cerrojos de aquel aristocrático barrio de la ciudad

envuelta por el manto de un eclipse. Ojeroso y barbudo, con el pelo cobrizo y entrecano, curioso para sus treinta años, traga el mal aliento y se muerde los labios hasta hacerlos sangrar. En el baño queda Sara. Atormentada.

En la calle, él, buscando la casa del menos consentido para implorar auxilio. La vista fija en su objetivo (quizá por eso no advierte, esfumándose tras un tanque de agua, a Pablo Armendáriz, su mejor amigo); crecido en el pecho el sudor del estío, sacudiendo el crucifijo sujeto a la garganta, medio tonto por los recuerdos que lo asaltan, despavorido por la insólita situación en que hallara a su mujer esa mañana al despertar...

Debe apurarse.

¡Más rápido! Pablo sabrá qué hacer. Cómo deshacerla del espejo del baño y sacarle el tubo dental y el cartucho de lápiz labial apretado en su boca; y arrancarle, quizá, esa inmensa cadena de frascos y cajitas de polvo base, coloretes y brillos, cremas de limpieza nutritivas y astringentes, y pinceles de *rimmel*, sombras y delineadores, hebillas, pincitas e invisibles, rúlers, champúes y aceites, que se han adherido a su rostro de cándida muñeca de verano, como rodajas de belleza y flechas de ilusión, dándole ese aspecto de medusa moderna con el débil signo de humanidad prendido al réquiem de sus ojos; ojos enormes y negros, con toda la ansiedad y el terror del universo acumulado en la retina, con la salvaje expresión de lo imposible y el ahogo mentolado de la pasta de monofluor de sodio empastando en sus labios

la siniestra obertura de una histeria paranoica.

El Ángel Exterminador

“¡Pablo!”.

Y a Pablo el viento o vaya a saber qué cosa extraña se lo ha llevado levitando hacia arriba junto a Giovanna y Sofía, sus pequeñas hijas, hasta donde el fuego gris amenaza con enrojecer...

“¡Pablo! ¡Viejo!, ¿dónde estás? Justo ahora se te ocurre ir al campo...”, y el desaliento lo enerva.

Veloz, su mente piensa en Pochettino. “¡Pochettino! ¡Probemos con el gordo Pochettino!”. Y emprende su corrida por la vereda de enfrente. “El muy cerdo debe estar contando sus salames...”, gruñe; y ya está a cinco cuerdas de Sara, atrapado en las mortales bambalinas del Teatro de las Pesadillas...

Una gota de sal, indócil, superando el escalofrío de su frente, le nubla la visión. La realidad se vuelve noche hasta que el manotazo brusco de su mano sin reloj intenta aclararla. Pero sus ideas se confunden en aquellos continentes apagados. Sí, hasta él llegan sin piedad los gritos aterrados de una hilera de cuerpos transidos, atribulados en los Hoteles del Adulterio o en las Escuelas del Progreso sin Alma... Y ansía la luz con desesperación. Y la luz se hace. Y ve demasiado en aquel momento de serenidad con que se entrecorta su agitación. Es que por allí andan los Coppola aplastados, uno por cada lado, contra las puertas de

Y los límites se fundían
al caer las paredes orgánicas
de aquel antro de narcosíntesis.

Mirada contra mirada,
ojos del abismo contra ojos sin reflejo,
ondas computarizadas de choque.

Fuera todo era aún peor;
la ciudad Estado de las constantes
al ritmo de engranajes electrónicos.

Reptil contra humano;
ira primaria contra animal simbólico.

Los créditos se acababan
ante la pantalla plasmática;
divinidad consumible
grata con quien paga,
cruel con quien se queda sin nada.

Las cifras jugaban en contra;
mi sangre se espesaba.
La gente, figuras monótonas;
maniqués tras los cristales
del transporte elevado del monorraíl.

Abajo,
hacia delante o hacia atrás,
siempre el mismo lugar;
el ruinoso cinturón del suburbio terminal.
Aparto vendedores de prótesis,
aparte decrépitas putas de cuerpos hormonados.
Me pierdo entre la basura fosforescente;
enjambres de moscas grotescas.

Peleado contra mis venas
llenas de conexiones epidérmicas,
nublada la razón codificada,
escamas artificiales del vergel negro;
vestigios y deshechos.

CARLOS DAMINSKY
(España —Alcoy, 1973—)

Lector de WILLIAM S. BURROUGHS, DICK, BUKOWSKI, JORODOWSKI, RAMSEY CAMPBELL, POE y LOVECRAFT, le gustan el surrealismo, los cuadros de DALÍ y el *Ulises* de JOYCE. En **NM** publicó *Arquetipo* (# 9) y *Yo soy un “cyberpunk”* (# 11).

Los eternos enemigos,
ya sin energía en sus armas,
se alzaron para contemplar
al oscuro árbitro descender
hasta la cuarteada tierra.

La fría mirada de los ojos huecos
de su cartilaginosa máscara artificial
fue el veredicto punitivo
para el último hombre y el último robot,
destino rápido de la extinción
al tajo de la refulgente segadora
del jinete apocalíptico.

Vida animada

Cuando alcé los brazos
viste los cables colgar de ellos
y tu sonrisa se quebró,
las interferencias distorsionaron
mi visión renacida,
las dudas pararon mi sistema
¿Qué había fallado?
La urna con líquido amniótico
en la que había completado mi ciclo
me había sostenido perfectamente.
¿Cuál era el error?
¿Ya no era el mismo?
El rechazo y la repudia
desequilibraron mis biorritmos
y una descarga de neurodepresores
colapsó mi reanimación;
de nuevo el amor que me asesinó
volvía con hielo corrupto a mi memoria
para destruir mi fugaz vida animada.

Narcosíntesis

El salvador de los sueños
llegó tarde;
ya estaba peleado contra mí mismo.
Reptil contra humano.

su flamante unidad motora. Listos para pavonearse a la entrada de la Iglesia. Ya no. Pidiendo socorro también, porque, además de fundirse en la azul carrocería del auto, una serie de objetos ha comenzado a zumbear en torno a ellos con la manifiesta intención de ahogar o formar parte de su personalidad estremecida.

Luigi tiembla también. En cualquier instante, razona, terminará pegado a algo.

Los objetos que vuelan son unas láminas de colores opacos que escapan de las chimeneas, ventanas o hendidias del caserón de sus azoradas víctimas, y aun de sus propios bolsillos. Y que, al tiempo de estampar su gracia enaltecida por la figura estoica de aquellos próceres reconocidos por la Historia del Pueblo, coletean graciosamente la estirpe de su *signografía* monetaria, ampliamente liberada a causa de la forzada circulación. Porque, al cabo de un minuto, el fenómeno se generaliza. Los árboles de las calles y bulevares truecan dolidos su natural follaje por el de aquellos papeles entintados que ponen precio a su existencia. Y una nube de dinero vagabundo, misteriosamente conducida, desciende sobre la multitud de hombres que inician el año paralizados en el cemento, esclavizados en sus zapatos cotidianos, atropellados por el rigor de su egoísmo, sorprendidos en la idolatría de sus pensamientos, o atenazados en las sillas de los bares insomnes donde entretejen las fábulas de sus negocios e intereses. Todos ellos sofocados no sólo por el humo de los cigarrillos que han decidido, por sí

misimos, encenderse, perpetuando en el aire su aroma a tabaco; sino por aquella marea de riqueza que revolotea astuta, como una sombra hipócrita, auscultando memorias y conciencias hasta encontrar propietario. Igual con las botellas; de a millones clausurando bocas...

Mas todo eso lo piensa o adivina, porque no otra cosa puede suceder con aquellas bandas de dinero y envases asaltando la ciudad. Al igual que con las botellas, la posesión monetaria es dolorosa. A los Suárez las fichas de cobre y níquel se les meten entre los dientes por cada grito de dolor que dan. A otras gentes, imaginó, se les debían de estar introduciendo por las orejas...

El espectáculo es terrible. Y da gracias a Dios por encontrarse libre todavía para buscar ayuda, si es que existía en algún lado, porque resulta grotesco pensar en bomberos trenzados por sus propias mangueras e intentar liberar a Sara con ellos en tan incómoda maniobra. Su principal escollo radica en eludir esa andanada hedónica que ha terminado horro-rizándolo. Y, como no hay tiempo para concretar una idea coherente, apresura su carrera en busca de Pochettino, haciendo caso omiso del castigo inflacionario que billetes de cien mil propinan a sus espaldas humedecidas.

A duras penas distingue el cartel del supermercado. A su lado, la casa. Golpea con frenesí invocando el nombre de su amigo, pero nadie responde. La puerta, sin llave, cede naturalmente al accionarse el picaporte; entonces, el obeso, gigantesco y

calvo despensero, aparece frente a él con los ojos escaldados, visiblemente atraído por su mesa y utensilios de cocina, atragantado por el denso emparedado de fiambres y huevos que todas las mañanas preparaba y, junto a su humanidad sometida, su hermana Lucía de rúleros en los tímpanos intentando, inútilmente, liberarlo de una muerte segura por asfixia. Por lo demás, una lluvia de billetes errantes viola la entrada y orna su cabeza de gloria y esplendor, mientras una festiva cadena de embutidos circunda su silueta estremecida, gateando por el suelo o dando brincos, en maravillosa comparsa de comestibles vivientes...

Luigi se detiene enajenado. Gira en redondo, se cubre los oídos y cierra la puerta escapando a la calle antes de que centenares de paquetes de harina, fideos, azúcar y sal, todo en singular enredo de envases de arvejas y tomates, duraznos y picadillos, se una al ataque y estrangule gastronómicamente al martirizado comerciante...

El miedo deja entonces de azuzarlo. Ahora lo posesiona totalmente. Excitado al extremo, observa a cada hombre atragantado, atado, ahogado, masacrado, cepillado, envenenado, paralizado, enceguecido, fusilado y torturado, muerto en la debilidad ética que ha signado su existencia. En amaneceres rosas o púrpuras atardeceres. En mediodía o medianoche. A cada uno según su región o país. Y opta por regresar donde está Sara. Al menos ella no habrá visto sino la vergüenza agónica de su propia corrupción...

El vecindario sucumbe bajo la verdad. Sin embargo, al margen de toda esa locura puede advertir que no son globos ni muñecos los que, mezclados con la estela de billetes, monedas, botellas y elementos que se agitan en el aire, son atraídos hacia la fogata gris-rojiza que domina la atmósfera, liberados del acoso de una descontrolada realidad. También los pájaros, las hojas y las flores suben. Y el canto de los pájaros y el color de las hojas y el perfume de las flores. Y un inveterado invierno cristaliza la sangre y detiene los pulmones congelando al mundo... "¡Sara!, ¡cárrame!" grito. Aunque, más que por ella, por el pequeño naufragio que navega en su vientre.

"¡Sara!". Y entra en la casa. "¡Sara! ¿Dónde estás?". Pero sólo un bebé responde con su llanto.

Entonces... "¡Sara!". Pero no puede acceder hasta el baño donde la mujer solloza débilmente, ya sin fuerzas... Ellos le han ganado. Están abarrotados en la escalera que conduce a la *suite* del primer piso, disputando la oportunidad de coronar a la reina, de ungir la con arte y vanidad. Sus cuadros, pinturas esquizofrénicas de artista plástica, con fama astuta y vehemente alcanzada, son un ejército en formación rodeando a la enemiga, acosándola, tenaces, ajenos al horror de su destinataria loca y muda... A su lado, en el sangriento lodazal de un cruento parto anticipado sin asistencia alguna, un precoz astronauta se retuerce torpemente ligado aún a su nave nodriza. *(Sin duda, Juan ha elegido un mal día para visitar a este mundo*

D... los clona y ellos se fusionan

El camino es el mismo,
tan sólo un patrón genético;
por eso, cuando tuve el despertar,
me vi a mí mismo, una y mil veces,
como un mundo de eternos espejos,
en aquel hermético lugar
en el que la luz blanca
era el único color de mis sueños.

"Hijo de D... eres", me dijo la voz neutra de mi creador,
y las puertas de acero se abrieron
mientras me desplazaba por la cinta automática
que me portaba al exterior,
nada más que otra bóveda más grande...
Y conocí la verdad de mi destino
en un pequeño destello de razón no programada,
cuando todos clones me saludaron al mismo tiempo
y yo, el último de la serie,
inicié la multifusión de nuestra esencia matricial.

El último humano, el último robot y la muerte automática

El último humano y el último robot
estaban cada uno guarecidos
tras montículos opuestos.

De cuando en cuando
apuntaban con sus armas,
en busca de hacer blanco en su rival.

Los destellos irisados de los disparos
rasgaban el ambiente ennegrecido
de la tierra arrasada,
cementerio de huesos y máquinas.

Y aquella lucha se tornó patética
al llegar el fin de los finales,
pues la Muerte-Automática
iba a ser la única ganadora.

Así que La Dolorosa espuria
bajó del cielo turbio,
montando en su caballo esquelético y cableado,
cortando el aire con el haz luminoso
de su guadaña mecánica láser.

En el monitor de plasma
dos iconos cuadrados táctiles;
el paraíso calcinado
y el fosar de la extinción.

¿Qué es real?
Quizá el golpe que he dado
destruyendo la pantalla;
quizá los sonidos de la estática,
la sensación esquiva de sentir.

Otro ídolo caído,
otro prototipo errado.
¿Quién soy yo?

Deshumanización

Camino por este yermo erial
dejando tras de mí
las últimas huellas humanas.
A mis espaldas las megápolis de acero,
envueltas por el turbio humo,
quedan alzadas como todo aquello
que ya no quiero ver,
pues mis ojos ya sangraron en demasía.
Mis huesos descarnados ya son obsoletos
en el reino maquinal y mutante,
y mi único rumbo es el exilio
hacia un destino en que cada noche
es una pesadilla fundida
de implantes y órganos sintéticos,
de voces neutras y de sombras automáticas,
de formas artificiales y grotescas imitándome.
Recuerdos calcinados,
hoguera nuclear,
ruinas decrépitas,
lagunas de aceite espeso
y hacia adelante silencio muerto.
Deshumanización,
cuerpo quebrado y alma en extinción.

*arcano que ha comenzado a despo-
blarse).*

Mientras tanto, su padre corre deses-
perado al cuarto de herramientas y
murmura, presto a rebelarse. Tiene
suerte. Inmóvil, un hacha lo espera y
la toma entre sus manos; después,
vuelve y arremete —feroz— contra
ellos. Pero no solamente por Juan.
También por Sara y aquel viejo amor.
Ellos, su Obra. Nada más. El motivo
de una efímera alegría, pero también
de la ambición de Sara. Pobrecita.
Uno por uno, destrozarlos... ¡Así!
¡Así! ¡Así!

De pronto, algo le impide conti-
nuar su arrebató salvífico. Las cam-
panas de la Catedral repican sin ce-
sar, como en día de Pascua o de Na-
vidad. Año Nuevo, repican. *Anno
Dei*, repican. Año de Dios, repican...
Y su dicha metálica le cubre los ojos
de lágrimas. El hacha salta, pues,
de su mano y se une en retirada jun-
to al coleteo pictórico desairado. Pe-
ro tarda en darse cuenta de que ha
ganado la batalla. Se siente perdido
y siente que ha perdido a sus seres
más amados. Hasta que Sara surge,
ante él, bellísima, con su hijo en bra-
zos nacido en plena crisis, y una her-
mosa sensación de gravedad alivia-
na sus cuerpos; los posee interior-
mente como cuando eran novios y
los impulsa hacia la calle, elevándo-
los como aves majestuosas por so-
bre la línea de monedas y billetes
que se expande por doquier.

Ahora son parte de las flores y ho-
jas, tallos y continentes que, desgra-
nados en partículas, se pliegan a la

masa oceánica que abandona el
planeta en descomunal marea...

Allá abajo quedan las gentes ata-
das a sus lechos de impostura y en-
cantadores aparatos domésticos; a-
hogadas en el postrero enjuague de
la piscina veraniega, calcinadas por
el sol, intoxicadas por el tabaco y la
droga, y algunos niños, los que aún
no han levantado vuelo, lloran...

Sí, allá abajo quedan los par-
ques solitarios, sin jubilados que pa-
sear, porque ahora se divierten mu-
cho más: ¡vuelan! Y cuando la corti-
na de polvo, agua, verde y perfume
desaparece, transfigurada en el pun-
to donde se filtra un punto de luz,
que evidentemente *no* es el sol, se
descubre a sí mismo.

Una idea.

Una idea sin cuerpo, ni carne ni
huesos; sin piernas, ni brazos ni ca-
beza. Un pensamiento sutil vagando
por el espacio. Atravesando el uni-
verso hacia el agujero donde hierve
el extraño candil...

Y descubre, también, que su an-
tiguo mundo (edénica mirada) no es
sino un conjunto de ciudades vacuas,
arracimadas unas con otras, porque
no hay terreno donde apoyarse. Una
compleja y absurda telaraña de edi-
ficios, cloacas y túneles, postes y lí-
neas telefónicas, radares, computa-
doras y antenas de televisión; sincre-
tismo de cemento espigado y gente
sin vida, girando en torno a un abis-
mo sin fin. Famélico esqueleto de pro-
greso *tecnológico*, sin raíces para
seguir creciendo...

*(Después llegaría a la luz junto a
un torrente de templos. Futuras mo-
radas de un Todo vuelto para él, últi-*

mo recuerdo de su humana existencia).

“Anno Dei”

Todavía no abre los ojos...

Luigi Renato Scaglioni, su padre, finalmente muerto en fama y perpetuado en bronce por la colectividad artística de su patria. Sara Judith Aisentein, su madre, finalmente muerta en fama, pero lejos de aquél, en tierra de sus padres y al cabo de segundas nupcias con un ministro israelí. Él, Juan Scaglioni, finalmente sacerdote, lejos del viejo Nápoles que no alcanzó a conocer. Él, con su alucinante memoria y escala de valores...

Cuando despierta se muestra pensativo y una tristeza infinita lo reclama: “Estás viejo, Juan. Chocheas con tus viejos fantasmas. Viejos como vos. ¿Qué te pasa? ¿Para qué resucitarlos? ¿Confuso? ¿Frustrado por no hendir la carne y verte transcendido en hijos que lleven tu mirada y aborden la vida con tu socarrona nobleza? ¿Quizá el vino de misa y doce campanadas de Año Nuevo enturbiando la mente? ¿Con ganas de volar...? ¿Es eso? Mucho trabajo, Juan. Y un poco loco; de cansancio y soledad. La soledad que brotó el día en que los tuyos decidieron separarse y fuiste con tu padre por el mundo un marinero de meses. Y han vuelto a visitarte”. Eso fue. Una extraña visita. Nada más... ¡Arriba! Pero... “¿Y Goya? ¿Todavía no llegó? ¿O llegó y se fue? ¿Se fue volando...? ¡Ja! ¡Ja! Por las dudas corro

afuera...”. “Eh, ¡cura depravado! ¡Vaya a ponerse los pantalones!”. Y el coche ruge devorado por la ciudad dormida tras el horizonte de un cielo de hojalata, herrumbrándose...

Ahora las campanas suenan (o vuelven a sonar).

El pulso del padre Juan acompaña sus tañidos jalando las cuerdas con rítmico vaivén. A las ocho de la mañana de aquel día nuevo, tempraneros feligreses se agolpan en el templo mercedario en cumplimiento del precepto litúrgico. En sus estómagos hay leche fría y mermelada, y comprimidos de analgésicos junto a restos de bicarbonato. Van en busca de la primera bendición del año. Y de purificación comunitaria en el Día Universal de la Paz... Un cura serio y algo perplejo los recibe e inicia el sacrificio dominical. Sus oraciones se entrecortan por silencios no rituales y la asamblea inicia un lento y pronunciado murmurar...

De pronto, el murmullo cesa: la Palabra de Dios ha sido anunciada. Y el ceño de Juan se contrae con firmeza cuando la presenta. La asamblea espera. No saben qué, pero todos esperan. Es que el padre Juan, siempre amable y sonriente, suave y sugerente, profundo y sutil, está desconocido.

“¡Je!, le ha hecho mal el vino anoche”, apunta suspicaz un feligrés. “En cualquier momento se nos viene abajo”, arriesga otro. Y sonríen. “Shhh, la Palabra de Dios”, advierte otro.

“Evangelio... según... San Juan”, dice persignándose con probado res-

MATRICES DE UNA TECNOLOGÍA DESASOCIADA (I)

CARLOS DAMINSKY

¿Qué es real?

1

¿Qué es real
y qué no lo es?
Traspaso los límites,
intento ver lo que hay detrás;
mi alma,
cortina de dígitos;
mi sangre
,amarilla y espesa.

Sueño
o finjo que sueño,
desconecto los sistemas de vigilancia,
abro la cerradura codificada;
descargas oníricas son tormento óseo
cuando se abaten las gárgolas cibernéticas
y consumen mi energía.

¿Qué es verdad
y qué es mentira?
Al mirar mis implantes biomecánicos,
las extensiones articuladas,
el horizonte de acero,
mejor cerrar los ojos espurios...
activar el escáner,
interconectar mis enlaces neuronales,
¿o todo es imaginación?

amarillo. Ese bastardo mugriento es-
crutó su organismo desde dentro,
oliendo cada uno de sus rincones
hasta encontrar el lugar adecuado
para tomar posesión de su cuerpo y
de su mente.

Se puso de pie al tiempo que un gri-
to gutural surgía de su garganta. El
hombre ya no existía; sólo el dolor de
un nuevo nacimiento.

Una tenue luz blanca iluminó su
cuerpo: era un cono que se iniciaba
en un punto imperceptible y muy al-
to y que le señalaba un camino. Un
vellón blanco y espumoso comenzó
a crecer en su espalda y su cuerpo

se elevó en el aire como si una fuer-
za inextricable lo arrancara de la Tie-
rra.

De golpe, la luz se extinguió; sus
alas tomaron un color gris pútrido y
se desintegraron. Y cayó una vez
más, como tantas otras.

De bruces sobre la mugre, alzó
la vista a los cielos, maldijo a su Pa-
dre y juró que un día encontraría el
cuerpo adecuado, aquel que le per-
mitiría romper la condena que lo man-
tenía atado al mundo de los huma-
nos y reclamar su herencia en el rei-
no de los cielos.

© ISABEL ALI - MARCELO C. CARDO, 2009.



ISABEL ALI
(Argentina —Buenos Aires, 1968—)

Actualmente reside en El Pueblito, localidad de Salsipuedes, en las Sierras Cor-
dobesas, donde dicta talleres de expresión creativa para adultos en la biblioteca
Ancón y para niños en las escuelas locales.

Activa participante del grupo Los Forjadores (www.forjadore.net), su ciber sitio
“Isabel Ali” está alojado en www.isaali.com.ar.

MARCELO C. CARDO
(Argentina —Lanús, Buenos Aires, 1967—)

Escritor y articulista especializado en la literatura de terror (es contador público),
en **NM** publicó *Carmina* “release” 2.0 (# 6) y *La membresía* (# 8).

peto. Pero no alcanza a concluir por-
que lenta, real y sorprendentemente cla-
va una mirada ignota en el panade-
ro, almacenero, zapatero, carpintero,
plomero, electricista, estudiante, obre-
ro, técnico y profesional; niño, ado-
lescente, joven, adulto hombre y mu-
jer, maduro y anciano, sano o enfer-
mo, y él también sonríe... Sonríe con
un gesto amplio y generoso, desnu-
dando el alma tras la apertura de su
boca seca, y la asamblea suspira.

“¡Ése es nuestro Juan!”, opina la
Cofradía; y el resto asiente, porque
es verdad. El alegre, sacrificado y vie-
jo Juan que todo lo sabe, proyecta,

construye y soluciona... Pero que lo
es por poco tiempo nomás. Porque
lenta, real y sorprendentemente comien-
za su ascensión hacia la bóveda del
templo, mientras el mundo enmude-
ce y un viento gris sopla afuera una
multitud de hojas novedosas, como
de cien, quinientos y un millón de mi-
llones de pesos arrojados, sin cesar,
a la locura de un inesperado Apoca-
lipsis...

Es el *Anno Dei*. Vanidad de vani-
dades, todo es vanidad.

Et sic transi gloria mundi...

© NÉSTOR A. ESCUDERO, 2009.



ADRIÁN NÉSTOR ESCUDERO
(Argentina —Santa Fe, 1951—)

En **NM** este prolífico autor ha publicado *Malditos bichos* (# 1), *Cuidador de estre-
llas* (# 6) y *El cálido Doctor Sin Nombre* (# 9).

MALDITO

ISABEL ALI - MARCELO C. CARDO

Hace rato que no ve a nadie... que pasa sus días encerrado y sumido en la autocompasión, a la espera de un milagro que lo salve... de una gracia divina que limpie las manchas de su conciencia... de una absolución que, según le parece, difícilmente reciba. La portera del edificio en el cual vive lo mira con piedad infinita, preguntándose por qué Gabriel Mercante se ha convertido en esa sombra; insistiendo en traerle un plato de comida caliente cada noche, sin lograr que lo toque ni que le responda.

A veces, su mirada busca huir hacia afuera, hacia un rayo de sol que se cuela confesando que existen otras realidades. No obstante, la visión del pequeño mundo contenido en la ventana no le genera ninguna ilusión ni hace otra cosa que recordarle que es un paria: un muerto en vida que suplica, en su inmovilidad y su silencio, un signo de salvación que nunca llega.

Pero Gabriel Mercante no siempre fue ese manojo de ropas sucias

y piel pegada a los huesos. No. Alguna vez fue un ser humano con ambiciones, con compromisos, con un empleo que le alcanzaba para vivir con comodidad. Hasta que ocurrió lo impredecible: un maldito barman destruyó sus sueños y su futuro.

Durante semanas, a la salida del gimnasio, ocupó la mesa de la terraza del bar El limbo para beberse un jugo de naranjas. Desde su mostrador, el barman se quedaba viendo cómo el sol le recubría la piel con su película de oro, convencido de que ningún otro hombre jamás le había inspirado lo que éste y que tampoco se lo había inspirado jamás ninguna mujer. ¡Cuántas veces estuvo tentado de invitarle una copa o de iniciar una conversación que le permitiera disfrutar de su voz! Sin embargo, no lo hizo. Ese halo de inocencia que envolvía a Gabriel lo tornaba inmune. Tuvo pánico de que lo rechazara. Se habituó a mirarlo con resignación, a vigilar cada uno de sus movimientos, creyendo que así tendría al

menos una chance: una oportunidad de que fuese suyo. En la cual necesitaba creer para renacer cada mañana. Luchó con todas sus fuerzas, pero nada pudo hacer contra el instinto. Toda batalla fue en vano: el anhelo que lo carcomía era más grande.

Una tarde mezcló su jugo de naranjas con suficiente halopidol como para dormir a un rinoceronte. Le pidió a uno de los mozos que lo suplantara tras la barra y, cuando Gabriel salió de la terraza, lo siguió rumbo a la calle, a poca distancia, degustando de antemano lo que sería profanar su cuerpo. El perfume de Gabriel se tendía hasta sus narices, envalentonándolo. Lo vio entrar a una calleja: se tambaleaba y le costaba coordinar el andar de sus pies. Adivinó que era el momento de actuar y se le abalanzó. Cayeron sin hacer ruido, sobre un montón de desperdicios que yacían sobre la vereda.

Gabriel estaba tan mareado que ni siquiera entendió lo que pasaba. Apenas sus ojos abismales se dilataron sorprendidos. Sacudió unos manotazos en el aire que no le sirvieron de mucho; estaba débil y confundido, medio enredado con el sobreto do que lo cubría y entorpecía aún más sus movimientos.

Las manos del barman, con más empeño que fortaleza, le asieron la nuca y le impidieron huir. Sus labios se encontraron, a pesar de su resistencia. El tipo buscó sus pupilas para darle una última oportunidad de aceptarlo libremente, de evitar la violencia que se proponía utilizar si se hacía necesario. En el verde de su mirada sólo pudo leer el terror y una

súplica que se diluyó en su propio miedo. Temió que gritara, que anunciara a los cuatro vientos que estaba siendo atacado por un perverso, por lo que apuró el trámite a sabiendas de que, si no lo poseía, su más grande deseo se alejaría para siempre. Quién sabe cuándo volvería a encontrar a alguien con un aura tan poderosa.

Gabriel sintió la lengua adentrándose entre sus dientes. Una náusea revulsiva le agrió el aliento.

Dentro del barman, algo se dispuso a tomar el control. Había llegado el momento de la transición, de abandonar ese cuerpo que sólo le servía de sala de espera. Eso se revolvía entre sus fauces dirigiéndose hacia la garganta reseca del nuevo anfitrión, utilizando sus antenas para abrirse camino, hincando sus patas velludas y punzantes como alfileres y lastimándolo con el filo de sus alas encogidas sobre el lomo chato, emitiendo en cada paso un crujido que competía en velocidad con el ritmo del latir de su corazón. Gabriel quiso escupir; convulsionado por las arcadas, se llevó las manos la garganta apretando como si con ello pudiera lograr que “la cosa” detuviera su marcha. Ya era tarde; no pudo impedirlo. Invasión e indefensa, el miedo se le convirtió en terror. Se sentó sobre los adoquines —junto al cascarón vacío del hombre que tantas veces le había preparado su jugo de naranjas y que poco a poco iba descomponiéndose— y lloró de impotencia porque el vómito que derramaban sus labios no estaba formado por otra cosa más que un líquido